



# La herida abierta

Ha pasado ya un año. Un año ya desde aquel amanecer en el que, de repente, la vida se quebró, incapaz de soportar la dimensión de una barbarie tan desusada. Sólo recurriendo a Auschwitz, a Hiroshima o a las guerras medievales o africanas actuales podemos alcanzar a comprender las circunstancias de esa matanza

MADRID, Y ESPAÑA ENTERA, AÚN NO SE HAN DESPERTADO DE LA PESADILLA DEL 11-M

## Regreso a los trenes de la muerte

JULIO LLAMAZARES

El tiempo ha pasado demasiado deprisa. Siempre que recordamos algo tenemos esa impresión, pero esta vez la impresión es mucho más acusada. La fuerza de las imágenes, el dramatismo de los acontecimientos, las consecuencias que éstos tuvieron y continúan teniendo en la vida cotidiana de miles de personas hacen que aquella mañana, la del 11 de marzo de 2004, en la que Madrid y España se despertaron en mitad de una pesadilla de la que todavía no han despertado del todo, parezca mucho más próxima.

Pero ha pasado ya un año. Un año ya desde aquel amanecer en el que, de repente, la vida de este país se quebró, incapaz de soportar la dimensión de una barbarie tan desusada. Sólo recurriendo a Auschwitz, a Hiroshima o a las guerras medievales o africanas actuales podemos alcanzar a comprender las circunstancias de esa matanza que se llevó de forma indiscriminada las vidas de dos centenares de madrileños que iban a sus trabajos o a sus distintas ocupaciones en cuatro trenes de cercanías cuando aún era de noche en la ciudad. Luego vinieron las condolencias, las manifestaciones, las detenciones, las lágrimas, los enfrentamientos entre los políticos por interpretar los hechos de la manera más favorable a sus intereses (tres días después se celebraban elecciones generales en España), volvió el pánico y el miedo cuando los desconocidos autores de los atentados intentaron repetirlos en la vía del tren de alta velocidad a Sevilla, su inmolación al ser detectados en un piso del extrarradio madrileño, las nuevas acusaciones, los sumarios, las comisiones de investigación, los bosques de los ausentes, los homenajes, las indemnizaciones, la normalidad, la rutina, el olvido... ¿El olvido?

No del todo, pero sí. Quizá los familiares y los amigos más próximos de las víctimas continúen recordándolas a todas horas de cada día, pero el resto de los madrileños las hemos ido olvidando, si no del todo, sí en relación a la intensidad de aquellos primeros días. Es ley de vida, dirán algunos, o de muerte, dirán otros. Yo pienso, por el contrario, que es ley de supervivencia, puesto que con el dolor, y mucho menos con la barbarie, no se puede convivir por mucho tiempo. Ocurre cuando uno despierta de una pesadilla, que trata de olvidar para poder seguir durmiendo o viviendo.

Los madrileños no han olvidado del todo la que vivieron hoy hace un año (no lo harán ya mientras vivan), pero han decidido no hablar de ello para poder seguir viviendo y durmiendo. Y es que algo ha cambiado para siempre en la ciudad. Por más que digan algunos, por más que muchos pretendan que con comisiones de investigación y con ho-



Escena cotidiana en el barrio madrileño de Lavapiés.

GORKA LEJARGEI

menajes las heridas van a poder suturarse, éstas van a seguir abiertas, me temo que por mucho tiempo, porque aquel 11 de marzo y los días que siguieron no sólo ocurrieron unos sucesos terribles, los más terribles quizá desde la guerra civil española y los peores vividos por quienes no conocimos ésta, sino que se rompió una idea que creíamos cierta desde hacía tiempo: que la seguridad era una conquista que nadie podía quitarnos. Y, sobre todo, que esa conquista era especial patrimonio de la gente común y anónima, esa que, por sus circunstancias, no corre el riesgo siquiera de convertirse en objetivo de un ataque terrorista, salvo por casualidad o por mala suerte. Lo que los atentados del 11 de

**Los madrileños no han olvidado del todo lo que vivieron hoy hace un año, pero han decidido no hablar de ello para poder seguir viviendo y durmiendo**

marzo de 2004, en suma, vinieron a destruir, aparte de las vidas y los sueños de cientos de personas y de sus familiares, fue la ilusión que vivíamos las tres generaciones de españoles (todas menos la mayor de todas) que, por primera vez en la historia, vivíamos sin saber lo que era una guerra de verdad en este país.

### VIAJE EN TREN

A las siete de la mañana, Alcalá de Henares, como todas las ciudades y los pueblos de su entorno, todavía duerme bajo la noche, pero ya cientos de personas se agolpan en su estación para coger los distintos trenes que las han de llevar a sus puestos de trabajo. La mayoría viajan a Ma-

drid, que está a tres cuartos de hora, aunque otros se quedan por el camino, en las distintas estaciones que el tren enhebra en su recorrido: Torrejón, San Fernando, Coslada... En los vagones, los mismos o parecidos que los que aquella mañana reventaron las bombas de los terroristas, viajan también los mismos viajeros, los que sobrevivieron a la matanza y a las secuelas que dejó ésta (una de las cuales ha sido precisamente la fobia a viajar en tren) o los que los sustituyen, ya sea en sus puestos de trabajo, ya sea en los pisos de estas ciudades, antiguos pueblos del río Henares hoy convertidos en dormitorios en los que viven sus pobres vidas gentes llegadas de todo el país y de todas las partes del mundo. La mayoría van en silencio, adormilados aún o sumidos en sus pensamientos o en la lectura de los periódicos gratuitos que otros trabajadores como ellos reparten en los andenes de las estaciones desde primeras horas de la mañana, pero los que hablan entre ellos (en voz baja o entre susurros) delatan los mil orígenes de los viajeros de estos convoyes: magrebíes, rumanos, ucranios, polacos, búlgaros, ecuatorianos, rusos, dominicanos... Todos unidos por el traqueteo del tren y por el temor quizá a los recuerdos. Por eso nadie habla de lo que hablan los periódicos, que sí recuerdan, ante la proximidad del aniversario, el día fatídico, y por eso nadie habla, cuando alguien se lo pregunta, de su experiencia particular aquella jornada.

Fuera, entretanto, la noche sigue agarrada a las ventanillas de los vagones y a las farolas de los andenes y de los edificios que se suceden casi sin interrupción, aunque poco a poco el día empieza ya anunciarse por el este, que es de donde viene el tren y por donde entra en la gran ciudad. Vicálvaro, Santa Eugenia, Vallecas, el Pozo del Tío Raimundo son sus primeras estaciones y están dormidas bajo la noche, pero algo conmueve todavía al leer sus nombres. Fue en dos de ellas —en la de Santa Eugenia y en la del Pozo, la antigua barriada obrera que fuera una leyenda en la lucha sindical contra el franquismo— donde estallaron más o menos a esta hora: las siete y media de la mañana, los dos primeros convoyes (el tercero estalló más adelante, cerca ya de la estación de Atocha), provocando las matanzas de personas ya sabidas, pero decepcionando, aun así, al haber hecho explosión antes de tiempo, las previsiones de los terroristas. Que eran todavía peores: que los trenes hubiesen estallado todos juntos y a la vez ya dentro de la estación de Atocha, donde a esa hora hay todos los días varios miles de personas que van y vienen a sus trabajos y cuyas estructuras hubieran servido de inmensa caja de resonancia para la onda expansiva de las explosiones.

Por fortuna, un día más, los trenes llegan sin novedad (no sólo los de Alcalá y el Henares,

sino los numerosos que aquí confluyen, procedentes de los distintos pueblos de Madrid, y coinciden con los que llegan al mismo tiempo de toda España) y la gente se dispersa a toda prisa en dirección al metro o a las salidas, desde donde buscarán sus lugares de trabajo o sus destinos, quizá con la sensación de haber sobrevivido un día más al azar y a la mala suerte. Afuera, mientras tanto, comienza a amanecer en la ciudad.

#### ESTACIÓN DE ATOCHA

A las ocho de la mañana, la estación de Atocha es un hormiguero. A todas horas lo es esta puerta de entrada ferroviaria a la ciudad (la otra es la de Chamartín), pero especialmente a esta hora en la que la gente llega con prisa, procedente de mil lugares distintos. Quizá ello explique que nadie se detenga a contemplar las dos pantallas y las columnas que sustituyeron al altar que espontáneamente los madrileños levantaron con velas y con flores a las víctimas de Atocha y de las otras dos estaciones bajo la cúpula circular que da acceso a la estación de cercanías. Solamente algún turista y, estos días, también los periodistas se detienen a mirar las dos pantallas que continuamente emiten imágenes de recuerdo de aquellos días de marzo. Bajo un título poético, filosófico casi cabría decir: *Espacio de palabras*, las imágenes recuerdan aquellos días dramáticos bajo una música triste y reiterativa. El visitante también puede dejar su recuerdo haciendo grabar sus manos y un mensaje personal en la pantalla que se sumará a los miles que ininterrumpidamente emiten los monitores: "No os olvidamos", "Madrid está con vosotros", "Bulgaria está con España", "Paz para el mundo", "Lloran mis ojos", "Todos íbamos en ese tren"... o en las columnas de cartón cuyas superficies curvas son ya pintadas interminables. En general, los mensajes son de recuerdo a las víctimas, pero los hay también para sus verdugos. "Putos moros", reza uno en letras grandes, olvidando que varios "putos" moros fallecieron o resultaron heridos también en los atentados. Las bombas, cuando explotan, no distinguen entre razas ni entre religiones. De ahí la resignación con que la gente pasa, sabedora de que si te ha de tocar, te toca, y de ahí el escepticismo con el que, al cabo de sólo un año, los empleados de la estación de Atocha, la pionera de este país, que vio partir sus primeros trenes, y la primera por número de viajeros, miran pasar a la gente como durante 150 años hicieron antes de los atentados que convirtieron este edificio en el templo del dolor para los siglos. Por eso, al periodista se le quedan grabadas una imagen y una frase antes de irse: la imagen de los viajeros que dormitaban sentados en el monumento al viajero de Úrculo (que ahora parece significar más de lo que pretendió su autor), al lado del invernadero, y la frase con la que cierran los monitores cada pase del documental: "Vosotros, que estáis arriba, cuidad de nosotros, que estamos abajo".

#### LAVAPIÉS

Cerca de la estación de Atocha, a un tiro de piedra casi, la vida sigue también como de costumbre. Como de costumbre, no. Como de costumbre desde que, el 11 de marzo del pasado año, el popular barrio madrileño se convirtió en el epicentro de las sospechas y de las detenciones en rela-



Andén de la estación de Atocha en plena hora punta de la mañana.

GORKA LEJARGEI

ción con los atentados. De repente, el viejo barrio castizo, el mismo que pasó en apenas unos años de barriada madrileña y popular, con sus corralas y sus tabernas, su callejero de tebeo antiguo (Tribulete, Sombrerete, Ave María...), sus tiendas y restaurantes y sus vecinos de toda la vida, a símbolo de la multiétnicidad (la de una ciudad, Madrid, que empezaba a recibir a inmigrantes de todos los orígenes), pasó a ser el objetivo de todas las miradas y de las sospechas de la policía. La detención de varios vecinos, todos de origen magrebí, y el cierre de algún local en el que presuntamente se prepararon o se idearon los atentados, hicieron que el resto de la gente comenzara a mirar con desconfian-

#### Mientras que los holandeses respondieron con incendios de mezquitas al asesinato de un cineasta, en España no se produjo un solo acto de revancha tras el 11-M

za a la colonia árabe del barrio, esa que tantos negocios regenta y que es mayoritaria entre los inmigrantes. Como le confesaba un camarero de un mesón de la plaza al periodista: "La gente, aquí, le dirá de todo. Pero lo cierto es que el barrio ha cambiado mucho desde hace un año".

Y, en efecto, caminando por estas calles con nombres de tebeo antiguo ahora plagadas de locutorios, tiendas de ropa al por mayor, bazares chinos o coreanos y carnicerías islámicas, el periodista descubrirá que nadie quiere hablar de aquellos días ni de las sensaciones que se viven desde entonces en el barrio. Solamente los más viejos se quejan de lo de siempre, de que los hay "de todos los colores: negros, ver-

des, amarillos...", y de que la tranquilidad de antes se ha perdido (aunque también coinciden en señalar que, a partir del 11 de marzo, la presencia policial se ha acentuado), pero nadie quiere hablar de las heridas que aquella fecha ha dejado abiertas entre los vecinos. Especialmente en la comunidad islámica, que observa con recelo y con temor la desconfianza con que es mirada por el resto, aunque todos traten de aparentar una normalidad que no existe. Y eso que los madrileños han dado todo un ejemplo de convivencia, comparados sobre todo con otros pueblos de Europa: mientras que los holandeses, por ejemplo, respondieron con incendios de mezquitas y altercados callejeros al asesinato del cineasta Teo van Gogh por parte de un islamista radical, ni en Madrid ni en el resto de España se produjo un solo acto de revancha, pese a que hubo 191 muertos y dos mil heridos, algunos de los cuales no se han recuperado todavía.

#### CICATRICES

Como sus habitantes, Madrid tiene también heridas todavía abiertas. Están por todas partes: en los alrededores de la estación de Atocha, si no visibles, sí adivinables (en los hangares en que aún reposan restos de los atentados), y en los barracones de la calle de Téllez que sirvieron de hospitales de emergencia en las primeras horas de desconcierto. Están en los edificios cuyos vecinos todavía ven desde sus ventanas los mismos trenes cada mañana, y en los colegios de Santa Eugenia y el Pozo, en los que faltan desde aquel día algunos de sus alumnos y muchos padres a la hora de recoger al resto. Otras heridas, por el contrario, las están cerrando a toda prisa, como la del edificio de Leganés en el que se suicidaron los terroristas antes de ser detenidos (llevándose con ellos, eso sí, al jefe de los geos que pretendían entrar a ello) y que las autoridades han vuelto a levantar igual que era en menos de doce meses, o como la de la casucha de Morata de Tajuña en la que aquellos prepararon las mochilas con las bombas y que desde entonces permanece abandonada y precintada por la policía. En cualquier caso, pasará el tiempo y todas irán cerrándose, y la ciudad seguirá su historia como siempre ha sucedido y como, por otra parte, es ley de vida que suceda. Quizá cada 11 de marzo alguien se acuerde (cada vez menos, a medida que el tiempo vaya transcurriendo), pero poco a poco la memoria de las víctimas se irá desintegrando y diluyendo en la memoria propia de la ciudad. Sólo un bosque en el parque del Retiro, el Bosque de los Ausentes, la pequeña colina de cipreses con la que los madrileños han querido recordar para los siglos a las 191 víctimas del mayor atentado terrorista de su historia, seguirá cobijándolas bajo sus ramas y recordando a los paseantes aquel 11 de marzo en el que los españoles descubrimos de repente que la seguridad no era una conquista, un derecho irrenunciable e inalienable como las vacaciones o la jubilación, sino una utopía más. Y ese descubrimiento, que fue tan brusco, es el que todavía golpea en el corazón de todos y el que nos hace sentir tan frágiles como las campanadas que esta mañana, a la misma hora, sonarán en todas las iglesias de Madrid.

El 11-M hubo mucha muerte y dolor, mucha tragedia personal, muchas vidas rotas. Pero, aunque la herida siga abierta, las vidas se recomponen y llegan también las buenas noticias, los nuevos proyectos profesionales y personales, la luz al final del túnel. Éstos son seis ejemplos, entre otros muchos

EL 11-M TAMBIÉN HA DADO PIE A HISTORIAS DE RECUPERACIÓN Y ESPERANZA

## La vida sigue

Ha pasado un año, y las terribles imágenes del 11 de marzo siguen nítidas, a veces demasiado, en la memoria de todos. Pero la vida sigue e incluso empieza a sonreírle a muchos de los que sufrieron las consecuencias de los atentados. Los familiares de los fallecidos y

los heridos rehacen sus vidas o tratan de hacerlo. Para algunos, el 11-M supuso el comienzo de otra existencia llena de cosas nuevas: un trabajo, una pareja, un hijo, una familia que se reúne, la compra de una casa o de un coche... Ejemplos variados, con nombre y

apellidos, del coraje necesario para salir adelante. Éste es sólo un pequeño mosaico de esas vidas que se quebraron, pero que se recuperan y miran al futuro. Como la de Zahira Obaya, a quien el atentado le arrebató el rostro y un ojo y ahora, a sus 22 años, luce, ya

sin pudor ni vergüenza, un pequeño parche que oculta su cavidad ocular izquierda, y piensa en viajar, en montar su negocio y en comprarse una casa con su novio, Julio, su enfermero particular. O la de Almudena, que encontró trabajo en una de las diarias visitas a

su marido al hospital. O la de Melina, una peruana que obtuvo la nacionalidad española y se ha podido traer a su familia consigo. O la de Elena y Nacho, que decidieron tener un hijo y él se ha especializado profesionalmente en emergencias, o la de...

### ZAHIRA OBAYA

PERDIÓ UN OJO, PERO ES OPTIMISTA: "ÉSTE SERÁ MI VERANO"

## La que vuelve a florecer

PATRICIA ORTEGA DOLZ

Se ha teñido el pelo con un tono caoba y se ha comprado un vestido de Custo que le ha costado "un pastón". Es ceñido y minifaldero, de tonos verdes y con un escote palabra de honor. Zahira ("la que florece", en árabe) Obaya vuelve a ser una coqueta empedernida. Ha dejado de esconderse detrás del negro, de la gorra y de las gafas de sol. Se viste con colores y se mira a los espejos, aunque todavía sin quitarse el pequeño parche que cubre su ojo izquierdo desde que el 11 de marzo una de las bombas de los trenes de la muerte le arrancó el rostro. "Te puedo contar con una mano las veces que me he visto sin el parche", dice.

Pero este año ha sido un periodo de reconstrucción física y mental. El optimismo y el buen humor de esta tarifeña de 22 años han dado ya sus frutos. Zahira es ya "la que florece". Ahora está buscando una casa en Tarifa (Cádiz) para irse a vivir con su novio, Julio, que desde aquel fatídico día se convirtió en su enfermero particular. Él es el único que ve a la Zahira que vive detrás de ese pequeño parche blanco. Él es quien la cura cada día, quien la acompaña a cada revisión médica, quien la escucha y quien la ena-

mora. La vida sigue. La nueva existencia de Zahira ha servido de inspiración para un documental que se estrenó ayer por la noche en Canal+ y que, bajo el título de *Zahira, la que florece*, repasa las consecuencias políticas, sociales y humanas que el 11-M ha tenido a lo largo de este año. "De ésta me hago actriz", bromea mientras posa sin vergüenza alguna en una sesión de fotos.

Los planes ya están en marcha. Zahira, que ha venido a Madrid para concretar la fecha de la próxima operación que nivelará su ojo y dejará abierto su párpado para siempre con

Ha vuelto a los colores, ha dejado de esconderse detrás del negro, la gorra y las gafas de sol

Está buscando una casa en Tarifa (Cádiz) para irse a vivir con Julio, su novio, su enfermero particular

"Quiero montar una tienda de ropa alternativa con unos colegas, con peluquería y sala de exposiciones"

una prótesis, se va a vivir a su tierra sureña con Julio, con sus padres y hermanas y con un perro, que espera tener pronto. Montará "una tienda de ropa alternativa", con peluquería y sala de exposiciones, en la que probablemente tenga de socios a varios amigos.

La ilusión y las ganas de emprender una nueva andadura son ya un hecho. "Me siento mucho más segura, más independiente. Entro y salgo a mi aire y no me importa que me miren. Parece mentira, ya ha pasado un año", comenta mientras pone una cafetera en la lumbre.

En este tiempo ha podido recomponerse. Se ha ido de viaje por el norte de España, "desde Asturias hasta el País Vasco", ha hecho de canguro de su hermana Gloria, de dos años, ha recuperado su vida social y siente que todo se normaliza. Su próximo objetivo es sacarse el carné de conducir: "Es necesario y quiero demostrarme que soy capaz de conseguirlo".

Zahira dice que "ha llegado el momento de disfrutar la vida" y que el primer paso va a ser un viaje a Italia. "Un destino que ya hemos consensuado", dice en alusión a Julio. Después, como buena surfera que ha sido, piensa en el verano. "El pasado me lo tiré bajo la sombrilla, pero éste va a ser Mi Verano, con mayúsculas".



Zahira Obaya, el pasado viernes en su casa de Madrid.

LUIS MAGÁN

### B. M.

HERIDA EN EL POZO, PROYECTA UN FUTURO CON 'AQUÉL CHICO ALTO Y MORENO DE LA FACULTAD'

## "Él vino un día y se quedó para siempre"

ANDREA RIZZI

Ella había visto alguna vez a ese chico alto y moreno en la Facultad. Era una cara familiar, pero nunca habían llegado a hablarse. Por eso B. M., una chica madrileña de 19 años que quiere contar su historia sólo con sus iniciales, se quedó sorprendida al ver-

le entre sus compañeros en aquella habitación del hospital Doce de Octubre. La barbarie le había atrapado en El Pozo y le había dejado con graves heridas y fracturas en el brazo y en la pierna derechos. "Vino el primer día. Y el segundo. Y todos los demás. Y cuando volví a casa... se quedó para siempre", recuerda.

"Venía a mi casa y yo

"No he perdido ni un examen. Él me ayudó con los apuntes. Me costaba escribir con la mano izquierda"

pensaba: 'Pero ¿qué verá este chico en mí, con estas medias tan *sexys* de hospital (las vendas), con mi pelo quemado, con mi rostro pálido?' El chico -J., de 20 años- veía probablemente lo que iba a venir. Ahora son unos novios felices, viven juntos en la casa de los padres de ella. Enamorados, proyectan un futuro común de estudios y via-

jes. B. M. está casi completamente recuperada, tras meses de dura rehabilitación. Desde el pelo sano y recogido en coleta, hasta la actitud serena y lúcida. "No me he perdido ni un examen", añade. "Él me ayudó, con los apuntes y a aprender a escribir con la izquierda". Ya la derecha está casi como antes, y el corazón, mejor.



Almudena García y Juan Antonio Díaz, en su casa de Madrid.

BERNARDO PÉREZ

**ALMUDENA GARCÍA Y JUAN ANTONIO DÍAZ**  
**ELLA ENCONTRÓ TRABAJO MIENTRAS CUIDABA A SU MARIDO EN EL HOSPITAL**

## Adiós al paro

A. J.

La vida tenía un curioso guiño reservado para Almudena García, la esposa de Juan Antonio Díaz, de 49 años. Ambos, padres de dos hijos: Álvaro, de 17 años, y Paloma, de 12. A ella se le acababa el paro, y aquella nefasta mañana del 11 de marzo, a las 9.20, cuando los médicos del Gómez Ulla le dijeron que su marido estaba "muy grave" tras resultar herido en uno de los trenes, se le cayó el alma a los pies.

"Nada más subirle a planta nos visitó el director general de Europman, SA, la empresa donde trabaja Juan Antonio, y me pregunto qué pensaba hacer con mi vida. Enseguida me ofreció un puesto de trabajo en el departamento de *marketing*, que era el más adecuado por

"Cuando cuidaba a mi marido en el hospital nos visitó el director de su empresa y me ofreció un puesto en 'marketing'"

"El pasado mes de septiembre, cuando Juan Antonio volvió a trabajar, yo también estrené empleo en su misma empresa"

mi experiencia. Le dije que, de momento, iba a estar cuidándole y que mi incorporación dependía de su estado.

"El pasado septiembre, cuando Juan Antonio empezó a trabajar, yo también estrené empleo en su oficina. Los compañeros se volcaron con nosotros y recibimos el trato humano que echamos de menos de la Administración", cuenta Almudena.

La lucha de Juan Antonio por recuperarse aún no ha terminado. Pero la rutina de la familia sigue: una hija adolescente, un hijo a punto de entrar en la universidad, Almudena que se ha vuelto a apuntar a la coral, cenas con los amigos... Se siente un privilegiado por vivir. No quieren olvidar, pero tampoco regodearse en el dolor. Para este nuevo año tienen un deseo: que sus vidas vuelvan a ser lo que eran.



Melina Villa, con su familia al fondo, en su piso.

CLAUDIO ÁLVAREZ

**MELINA VILLA**  
**TRAS OBTENER LA NACIONALIDAD, HA TRAÍDO A CASI TODA LA FAMILIA**

## La niña Alexandra llegó de Lima

ANA JUÁREZ

La mejor medicina de la peruana Melina Villa, de 28 años, se llama Alexandra. No está en la larga lista de pastillas que debe tomarse para recuperar el ánimo, dormir de noche y evitar los dolores de un brazo, tras sufrir los bombarzos del 11 de marzo. Alexandra es su hija de siete años y hace 10 días que un avión la trajo desde Lima hasta Madrid. "Llevaba sin ver a mi niña un año y medio. Me acuerdo de que una enfermera me dijo que si tenía papeles me darían la nacionalidad. Y así fue. Ahora están todos conmigo, menos Rafael, el padre de Alexandra, porque no estamos casados", cuenta.

Melina llevaba seis meses en Madrid cuando una mañana tomó un tren en Entrevías para servir puntualmente los desayunos

La mejor medicina para esta peruana de 28 años ha sido volver a ver a su hija de siete, tras año y medio de separación

Ahora están casi todos en Madrid para poder hacer realidad su sueño: "Trabajar y empezar un nuevo futuro en España"

en una cafetería del barrio de Chamberí. Sus buenos recuerdos empiezan en los hospitales Gómez Ulla y Fremap de Majadahonda por el trato "más que humano" de los doctores y de las enfermeras. Se emociona cuando cuenta que sus compatriotas, su jefe y algunos clientes habituales se organizaron en turnos para que nunca estuviese sola, "porque yo no tenía familiares en Madrid. Ellos pagaron el billete de avión de mi mamá y de mi hermana".

Desde que su niña está con ella se levanta y ha dejado de sentirse culpable por vivir. Aún no ha vuelto a trabajar, pero intenta mantenerse activa: asiste a cursos de informática y es voluntaria de una ONG. Ahora están casi todos aquí para hacer realidad su sueño: "Trabajar y empezar un nuevo futuro en España".

**ELENA GUTIÉRREZ Y NACHO EGUÍA**  
**TRABAJAN PARA AYUDAR A LOS DEMÁS**

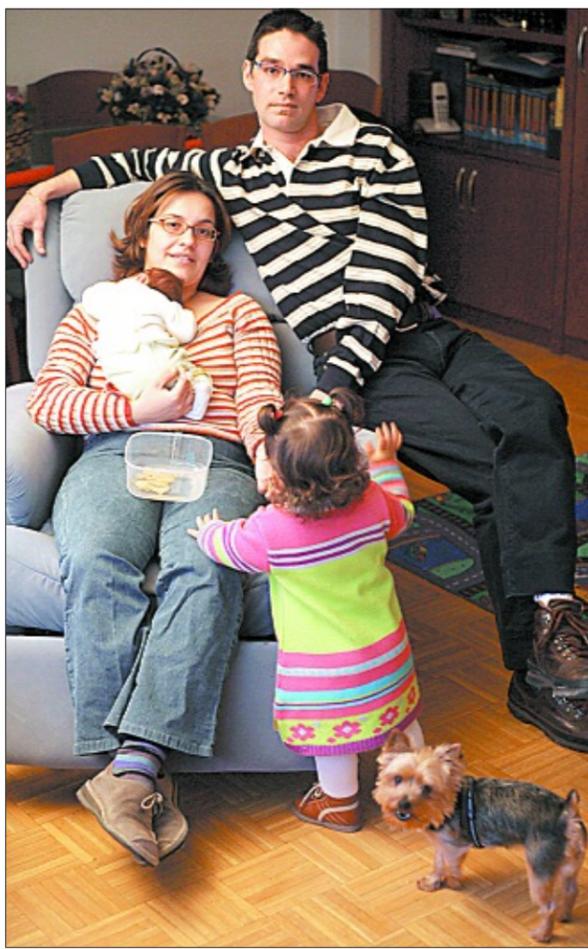
## Otro hijo

A. J.

Siempre he tenido en mente hacer la labor de voluntario de manera profesional. Lo llevaba pensando años, pero entonces lo vi claro". El 11-M, la vida de Nacho Eguía y de su mujer, Elena Gutiérrez, dos voluntarios de una ONG, dio un vuelco. Nacho, de 31 años, dice que el cristal con el que mira la vida después del atentado ha cambiado de color. "Dejé el negocio familiar de los camiones y ahora estoy trabajando como técnico de emergencias médicas de manera profesional, mi sueño desde niño. De momento soy suplente, en espera de que salga la oposición. También quiero terminar el bachillerato. Del curso que viene no paso sin matricularme".

Pero el giro laboral y personal no sólo fue para

Nacho. Elena, de 27 años, filóloga árabe de formación, empezó a trabajar como operadora de emergencias, decidió terminar la carrera de trabajo social, que abandonó después del nacimiento de su primera hija, y empezó un curso de mediación intercultural. Elena se asombra cuando recuerda la cantidad de cosas que hicieron en las fechas posteriores al 11-M. "No lo había pensado. Fue como una inyección inconsciente de vitalidad, porque los dos decidimos trabajar profesionalmente ayudando a los demás. Nos sirvió para valorar más a la familia, a los amigos e incluso a la comunidad de vecinos. Te das cuenta de que nada ni nadie es para siempre. Y también tomamos otra gran decisión: aumentar la familia", dice mientras enseña a la pequeña Trinidad, que tiene sólo 24 días.



Elena Gutiérrez y Nacho Eguía, con sus hijas.

GORKA LEJARCEGI

**VALENTÍN FATO**  
**HERIDO AL AYUDAR, QUIERE SER VIGILANTE JURADO**

## Papeles y coche

P. O. D.

Valentín Fato llega en un Volkswagen Golf color blanco. Conduce él y va acompañado de un compatriota rumano. Nada que ver con la última vez que nos vimos, hace medio año. Ya no lleva ni muleta ni el brazo en cabestrillo y ha cogido unos cuantos kilos. El tiempo no ha pasado en balde para este joven inmigrante de 26 años que vive en España desde hace dos y medio y que el 11-M corrió a auxiliar a los heridos tras la primera explosión en la estación de Atocha. La segunda deflagración le pilló de lleno y le dejó postrado en una cama durante meses, con una pierna gravemente herida y un brazo destrozado, que ya casi ha recuperado la movilidad.

La vida vuelve a son-

reírle. Ha obtenido la residencia, ha ido a su país a visitar a la familia, que llevaba dos años sin ver, se ha echado novia, se ha sacado el carné de conducir internacional y se ha comprado un coche de segunda mano, además de mejorar mucho su español.

Todavía está de baja y pendiente de una operación de tímpanos, pero ya sueña con volver a trabajar. "Es posible que este brazo no me deje volver a la obra, porque hay movimientos que no creo que pueda volver a hacer, pero estoy pensando en sacarme el título de vigilante jurado o algo así para volver a tener una vida normal", cuenta.

A la espera de cobrar la indemnización, piensa en comprarse una casa en Parla, donde vive. Desde allí seguirá con su nueva vida.

Las bombas del 11-M se llevaron consigo los sueños de 191 personas. Aquí se recogen los de tres de ellas: un ecuatoriano que quería ser guionista de cine; una rumana que, junto a su marido, estaba terminando de construirse una cabaña en su país, y un español que aspiraba a exhibir sus cuadros



Andén de la estación de El Pozo.

GORKA LEJARCEGI

JOSÉ LUIS TENESACA QUERÍA SER GUIONISTA DE CINE; FRANCISCO JAVIER CASAS, EXHIBIR SUS CUADROS

## Los sueños que no serán

JAVIER VILELLA

Toda su vida giraba en torno a las películas de ciencia ficción que él imaginaba y quería plasmar en un guión. Ése era el sueño de José Luis Tenesaca, un ecuatoriano de 17 años al que una bomba arrancó la vida el 11 de marzo de 2004. Ansiaba ver su nombre algún día en los títulos de crédito de una superproducción de Hollywood. "Él escribía muchas cosas en sus cuadernos", aseguran sus padres, Rita y Alberto. "Siempre los llevaba en su mochila. Cuando iba al colegio, en el tren, repasaba lo que escribía, inventaba personajes y lo apuntaba todo". Una mochila cargada de fantasías que sus padres no han recuperado y que nunca podrán recuperar porque se perdió o se evaporó con el resto de sus ilusiones aquel fatídico 11 de marzo.

José Luis tenía las ideas claras, pretendía invertir su primer sueldo en un billete de avión con desti-

no a Los Ángeles. Quería visitar el Paseo de la Fama. "Es mi sueño, mami", le decía a Rita. "Nosotros lo haremos realidad. Antes de que termine este año viajaremos a Los Ángeles para esparcir allí las cenizas de nuestro hijo", asegura Alberto. Siempre estaba enredado con algún dibujo. Los personajes de *cómic* eran sus favoritos. "Quería crear sus propios héroes", dice Alberto. Rita pasa orgullosa las hojas del álbum y ha enmarcado varios dibujos que cuelgan de las paredes de la casa.

También coleccionaba recortes de estrellas de Hollywood, pero sin duda su ídolo era el hoy gobernador de California, Arnold Schwarzenegger. "Desde que vio *Terminator* no se perdió ninguna película suya", afirma Alberto.

En su dormitorio dormía rodeado de carteles de películas. *Matrix*, *Terminator*, *Spiderman*, *Blade*, *Angelina Jolie*... y un rompecabezas de *El señor de los anillos*. "Dormía todas las noches con un muñeco enorme de *Hulk* y lo incineramos con él", recuerda



De izquierda a derecha, Francisco Javier Casas, Elena Ples y José Luis Tenesaca.

Rita. José Luis tenía previsto ir a Ifema para visitar la feria de la educación e informarse sobre los centros de formación de guionistas. Sus padres guardan recortes de periódico y vídeos de lo que sale en memoria de su único hijo. "Él quería salir en los medios, pero por su trabajo, no de esta forma", señala compungido Alberto.

### Admirador de Dalí

Los pinceles y las pinturas esperan en su casa de Getafe a Francisco Javier Casas, que tenía 28 años cuando murió el 11-M. Siempre, después del trabajo,

José Luis quería salir en los periódicos, pero no de esta manera. Sus padres llevarán sus cenizas al Paseo de la Fama de Hollywood

buscaba un rato libre para dar unas pinceladas. Era su gran pasión. Un pintor que no quería que nadie viera los cuadros hasta que no estuviesen terminados. El 11 de marzo, el caballete de madera que tenía en su cuarto quedó solo, abandonado. Sobre él, el último lienzo confiaba en que su dueño plasmara las últimas líneas, le diera los últimos colores, para mostrar el cuadro a sus más allegados, a los que le querían.

"Su sueño era reunir los cuadros que había pintado a sus amigos y a la familia para hacer una exposición", asegura su madre. Cuando era muy niño, sus padres *alucinaban* a la vista de los dibujos de Javier. "Empezó con cinco años y, como vimos que lo hacía tan bien, le apuntamos a una academia", relata Sagrario.

Con el paso de los años, la admiración de Javi por la pintura crecía y crecía. "Muchos días, después de comer, se iba al Museo del Prado. A veces le acompañaba su mejor amigo, al que explicaba el significado de los diferentes cuadros", recuerda su padre, Paco, mientras Sagrario muestra todas las carpetas con los dibujos de su hijo: "Tenía la habitación repleta de cosas y no podía tirar nada. Cuando ordenamos todo me sorprendí muchísimo porque guardaba todos los dibujos desde que tenía seis años".

La influencia de Dalí se deja ver en toda su obra. Era, sin duda, el pintor que le había dejado una huella más profunda. Su cuarto está repleto de libros del genio de Figueras. "Cuando murió mi hijo, la Fundación Dalí tuvo un gran detalle. Nos envió un libro con fotografías de la colección de joyas del pintor y cuatro entradas para visitar el museo", dice agradecida Sagrario.

A los 17 años se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios. Pasó cuatro años de su vida entregado tanto a la pintura como a la escultura. Luego estuvo en el Círculo de Bellas Artes pintando modelos al desnudo con carboncillo.

Y así iban pasando los años. La dificultad de ingresar en Bellas Artes, unida a que quería empezar a ganar dinero para independizarse, llevaron a Javier a apuntarse a un curso de informática y a dejar de estudiar lo que más le gustaba. "Desde que entró a trabajar como informático, sus cuadros pasaron de ser alegres a ser tristes", afirma Sagrario.

"No son 191 víctimas las que murieron aquel día, porque los que hemos quedado estamos muertos por dentro", concluyó Sagrario.

## Una cabaña inacabada en Rumania

CIOCLOVINA ES UNA MONTAÑA que se encuentra en la región rumana de Transilvania. Los bosques y las cuevas hacen que este paraíso sea espectacular. Un camino de piedra por el que cruza un río conduce hasta la ladera. Florin compró allí un terreno hace siete años, porque fue en Cioclovina donde se declaró a Elena Ples, de 33 años, otra de las víctimas del 11-M. "Fuimos de excursión en Semana Santa con sus hermanos", recuerda Florin. "Ya la co-

noía de antes. Pero fue allí donde me declaré. En una de las cabañas le propuse ser mi novia, y aceptó". Años después compraron el terreno y decidieron construir una cabaña. Era el sueño de Elena, ganar dinero en España para invertirlo en aquellas tierras. "Ella me ayudó a hacer los cimientos de la casa. Entre los dos levantamos los muros y pusimos un tejado provisional para pasar allí los días festivos y fines de semana", cuenta su marido.

Marius, hermano de Elena, recuerda lo bien que lo pasaban: "Florin, mi hermana, otros hermanos míos y nuestros amigos quedábamos para ir allí. Hacíamos barbacoas, escuchábamos música, charlábamos hasta las tantas y, si alguien quería irse a dormir, le pintábamos la cara con los rescoldos de las brasas. Elena se divertía mucho". Florin recuerda muchas anécdotas de los buenos ratos que pasó junto a Elena, pero hay una que evoca con ternura: "Aún

no estaba construida la casa y dormíamos en tienda de campaña. A las tres de la madrugada, un oso se acercó a la tienda y tuvimos que salir corriendo a escondernos en el coche. Nos reíamos mucho los dos al recordarlo".

Su marido ha decidido construir al lado de la cabaña un monumento para recordar a Elena. "En octubre espero terminar la cabaña. Junto a ella construiré una pirámide de mármol de unos dos metros con su rostro grabado".

Tres afectados por el 11-M hablan del impacto de los atentados y de las esperanzas de recuperación, que pasan por la exigencia de más ayudas públicas. Se trata de Pilar Manjón, presidenta de la asociación de víctimas; Euclides Ríos, colombiano herido, y David Abad, hermano de una fallecida



De izquierda a derecha, Euclides Ríos, Pilar Manjón y David Abad, durante el coloquio.

ULY MARTÍN

LOS HERIDOS Y AFECTADOS DEL 11 DE MARZO TEMEN NUEVOS ATENTADOS Y ESPERAN MÁS AYUDA DE LAS AUTORIDADES

## “Tenemos muchos heridos en listas de espera”

LOLA GALÁN

La memoria sigue intacta. Los más de 1.500 heridos y los miles de afectados por los atentados del 11 de marzo de 2004, que costó la vida a 192 personas (incluyendo al miembro de los GEO muerto en el suicidio de los islamistas de Leganés), siguen reclamando ayuda y apoyo de la sociedad y del Estado para superar un trauma que ha cambiado para siempre el curso de sus vidas. Pilar Manjón, Euclides Ríos y David Abad expresan en el coloquio que sigue los sentimientos y frustraciones del amplio colectivo al que representan.

**EL PAÍS.** ¿Cuál era su vida y en qué cambió con los terribles sucesos del 11-M de 2004?

**Pilar Manjón.** [Funcionaria del Ministerio de Defensa y miembro de CC OO. Perdió a su hijo menor, Daniel, con 20 años, en el tren que estalló en el Pozo del Tío Raimundo. Está divorciada y tiene otro hijo de 24]. Mi vida no se parece en nada, hoy, a la que llevaba hasta las 7.30 de ese 11 de marzo. Ha dado un giro de 180 grados. Nunca volveremos a ser los mismos. Aprendemos a vivir, probablemente, con nuestro dolor, con nuestra pérdida, con nuestras ausencias, pero nunca volveremos a ser las personas que éramos el 10 de marzo de 2004.

**Euclides Ríos.** [Obrero de la construcción en paro, nacido en Cali (Colombia), lleva cuatro años en España]. Ese día yo iba

camino de Atocha, donde debía coger la línea 1 del metro para ir a mi trabajo, en Antón Martín, cuando estalló el tren a la altura de la calle de Téllez. Resulté herido, con una fisura en la pierna izquierda. Pero mi vida no ha cambiado especialmente, aunque en estos momentos me encuentro sin trabajo. Me dieron al principio 61 días de baja y mi error fue aceptar volver al trabajo cuando no estaba todavía bien. Ahí empezaron los problemas, y se agrandaron luego porque ya dijeron que lo mío era enfermedad común, congénita. El médico me dijo que en un mes y medio se me quitaría el dolor, así que me mandó unas pastillas. Pero el dolor se hizo más fuerte, más agudo, y me dieron la baja, pero ya no por la mutua, sino por la Seguridad Social, y el médico me dijo que eso era enfermedad crónica, y no del 11-M. Por eso no me reconoce ese último mes de baja, para la indemnización.

**David Abad.** [Programador en una empresa de telecomunicaciones; su hermana mayor, Eva Belén, murió en el tren de la calle de Téllez]. Me enteré de lo que había pasado en el trabajo. Mi madre me llamó porque no encontraban a mi hermana. Mi vida no va a ser nunca igual. Intentaré convivir con ello, pero nada será ni parecido a lo que era. Quieras o no, cuando te levantas por la mañana, uno de los primeros pensamientos es hacia la persona querida que te falta. En el aspecto externo sigue todo igual. Trabajo en el mismo sitio, sigo viendo a los mismos amigos, ayudo en lo que puedo a la asociación

**Pilar Manjón:** “Mi vida ha dado un giro de 180 grados. No volveremos a ser los mismos. Nunca volveremos a ser quienes éramos el 10 de marzo”

**Euclides Ríos:** “Me aceptaron la solicitud, pero aún no tengo la nacionalidad española. Me dijeron que esperara unos meses, pero aún tengo que esperar más”

**David Abad:** “Intento que lo ocurrido no repercuta demasiado en lo que hago; bastante dolor tengo por dentro para que encima afecte al trabajo”

e intento que lo ocurrido no repercuta demasiado en lo que hago, bastante dolor tengo por dentro para que encima me afecte en el trabajo.

**EL PAÍS.** Euclides, usted forma parte de un colectivo, el de extranjeros, que representa la cuarta parte de los muertos del 11-M. ¿Ha obtenido usted la nacionalidad española?

**E. R.** La he solicitado ya, porque en el momento en que sucedió el accidente la ofrecieron. Pero a la mujer y a la hija no les han salido los papeles de aceptación. Y lo pidieron a la vez. A mí me aceptaron la solicitud, pero aún no tengo la nacionalidad. Me dijeron que esperara unos meses, pero cada vez que voy a la oficina de Ríos Rosas, [que se ocupa de tramitar estas solicitudes] me dicen que hay que esperar más. Porque la policía, que es la que tiene que mandarles los informes de todas aquellas personas que pidieron la nacionalidad, hasta esta hora no ha mandado ningún documento. Al parecer se presentaron 4.000 solicitudes y esa cifra les pareció exagerada para ser verdad.

**EL PAÍS.** ¿Qué opinión les merece la reacción que han tenido los poderes públicos, Gobierno, comunidades autónomas, clase política y la propia sociedad española?

**P. M.** Del Gobierno hemos tenido beneficios, como la creación del Alto Comisionado para las Víctimas, que nos ha servido para lograr un desbloqueo importante en las relaciones con el resto de las administraciones; luego han intervenido los Gobier-

nos autónomos, el de Madrid, el de Castilla-La Mancha, porque tenemos heridos de Guadalajara, de Cuenca, de Ciudad Real, y el de Murcia. En la comunidad madrileña, en concreto, nos encontramos con bastantes dificultades a un año vista en asistencia sanitaria. Nuestros heridos están en las listas de espera. No es que pidamos un trato preferente, pero si querríamos, y lo venimos pidiendo, que se hiciera un estudio de en qué áreas de salud se encuentran, qué patologías tienen, y reforzar con facultativos esas áreas. Si tenemos, por ejemplo, 500 traumatizados, pues que se contraten traumatólogos. Era algo muy sencillo lo que pedíamos, pero al final lo que hemos conseguido es engrosar las listas de espera.

**EL PAÍS.** Como el resto de los madrileños.

**P. M.** Sí, no ha habido un trato preferente para que los otorrinos traten a nuestros heridos con estallido de tímpano, por ejemplo. También estamos teniendo problemas, como decía Euclides, con los puestos de trabajo. Porque ahora están saliendo nuestros grandes heridos, que van a quedar con minusvalías. En cuanto pase el año, las mutuas de accidentes de trabajo empezarán a dar las altas, y nuestros heridos pasarán a los tribunales, que les darán cualquier tipo de incapacidades. Algunas serán totales, con lo cual recibirán una pensión, pero tendremos heridos que van a quedar con incapacidades para sus actuales pue-

Pasa a la página 8

Viene de la página 7

tos de trabajo, aunque con posibilidades de desempeñar otras tareas. Porque tenemos fontaneros con hernias discales, vigilantes jurados de las estaciones que no han podido pasar las pruebas físicas, y soldados que iban en los trenes y han perdido el 80% de audición. A todos habrá que facilitarles primero una formación para nuevos empleos, y después, bolsas para trabajar. Nos hace falta también apoyo psicológico y pedagógico para nuestros niños, a los que han perdido a algunos de sus progenitores y a los que han sufrido el atentado porque iban en los trenes, o porque sus colegios dan a cualquiera de las zonas del atentado, caso de El Pozo y Santa Eugenia. Luego está la retirada de los apoyos psicológicos que se ha producido con fecha 31 de diciembre. Nosotros no pedimos vivir el atentado, y nuestras secuelas psicológicas y psiquiátricas no tienen fecha de caducidad.

**E. R.** En el tema de las autoridades tengo alguna queja. No hablo sólo de mí, sino de muchos extranjeros a los que les está pasando igual. Son los problemas de las indemnizaciones que le decía. Yo trabajé en la construcción hasta el 9 de diciembre, cuando el jefe me dijo que no podía seguir. Venía teniendo problemas con él porque me había dicho que mi rendimiento ya no era el de antes, hasta que al final me dijo: "No te doy más trabajo". Desde entonces estoy luchando, primero porque no me quería dar los papeles del Inem para apuntarme al paro, donde estoy ahora, y luego porque no me reconocen todo el tiempo que he estado de baja para las indemnizaciones.

**EL PAÍS.** ¿Y la reacción de la sociedad?

**P. M.** Sólo podemos decirle gracias. La cantidad de muestras de solidaridad; los actos a los que somos invitados desde cualquier parte del Estado y del mundo... Vamos por la calle y nos para la gente. Hemos recibido los poemas más bonitos, las canciones más bonitas... Las muestras de solidaridad ciudadana son tales que sólo podemos decir gracias. Empezamos a decir gracias el 11 de marzo, y seguiremos dando las gracias siempre, mil veces gracias.

**EL PAÍS.** ¿Hay problemas burocráticos con extranjeros?

**P. M.** Hay que darse cuenta de que los afectados latinoamericanos han podido pedir la nacionalidad española, porque pueden tener doble nacionalidad. Pero los ciudadanos de los países del Este de Europa, si obtienen la española, pierden la suya. En estos casos estamos teniendo dificultades en los procesos de regularización. Pero el mayor problema con las víctimas extranjeras de los atentados es el de las secuelas psicológicas. Aunque un informe clínico describa un caso de estrés posttraumático de libro, después no se está reconociendo que sea consecuencia de que esta gente viajara en los trenes, o que fueran afectados por los atentados terroristas. Y luego está lo que dice Euclides, que no sólo pasa con los inmigrantes. Cuando hay dos periodos de incapacidad temporal, por norma el segundo periodo ya no lo están considerando a efectos de la indemnización a percibir, aunque la gente esté pendiente de una segunda intervención quirúrgica. Y, ojo, cuando hablamos de indemnizaciones —porque con el 11-M se está manoseando mucho el tema del dinero— estamos hablando de 30



Pilar Manjón.

U. M.

euros al día, 900 euros al mes, y no sé si a alguien le compensa que le destrocen la vida por ese dinero.

**D. A.** Yo no he tenido de momento, gracias a Dios, necesidad de apoyos especiales, ni de tratamiento psicológico, aunque mis padres sí. Pero en Coslada han quitado el grupo de seguimiento psicológico que había para la atención a los afectados del 11-M, porque, ésa es al menos la respuesta que nos dieron, había bajado el número de peticiones. Una razón un poco ilógica. De mi empresa no me puedo quejar en absoluto. Esos días me ayudaron a buscar información sobre mi hermana y a completar el papeleo necesario. La gente en general se ha portado muy bien.

**EL PAÍS.** ¿Cómo perciben en los momentos actuales la amenaza terrorista? ¿Creen que se están tomando las medidas adecuadas para reforzar la seguridad ante esa amenaza?

**D. A.** Siempre me ha parecido, incluso antes del 11-M, que estamos expuestos a la amenaza de que cualquier loco nos quiera poner una bomba. Eso está claro. Cualquiera puede fabricarse una bomba en casa y colocarla en cualquier lado. Se dice que no hay bastante seguridad en los trenes, pero tampoco se puede ir registrando a los viajeros, uno a uno, mochila por mochila. Inevitablemente estamos muy expuestos. Y la única alternativa para evitar estos atentados es que la gente tenga la cabeza donde tiene que tenerla y que piense las cosas que tiene que pensar. No nos queda más remedio que fiarnos los unos de los otros, pero, en todo caso, hay que ir al origen de las bombas, hay que investigar las tramas terroristas; por ejemplo, seguir la pista de la dinamita que se utilizó. Lo importante es que haya un control de los lugares donde se almacenan los explosivos, ya que no se puede controlar el sitio donde los pueden poner después.

**E. R.** Yo vengo de Cali, que es

**Pilar Manjón:** "Yo creo que los de ETA son igual de asesinos, de malditos. Lo que pasa es que éstos son muchísimo más brutales e indiscriminados"



David Abad.

U. M.

**David Abad:** "Hay que ir al origen de las bombas, investigar las tramas, el origen de la dinamita que se utilizó; ahí tiene que haber un control"

**Euclides Ríos:** "Vengo huyendo de una cosa tan violenta y peligrosa como es Colombia y voy a toparme aquí con el atentado del 11-M"



Euclides Ríos.

U. M.

una ciudad colombiana en la que existe mucha violencia. Allí los sitios preferidos para colocar bombas son las comisarías de policía o los edificios del Gobierno. Al principio añorábamos tener una vivienda junto a uno de estos edificios, porque nos sentíamos respaldados. Pero ahora nadie quiere una casa en un sitio así, en vista de la situación. Esto provocó mucho desempleo y nos vinimos para acá buscando una nueva vida, un nuevo futuro, y mire, vengo huyendo de un país tan violento y peligroso como el mío y voy a toparme aquí con el atentado del 11-M. Y doy gracias a Dios de que estoy vivo para poder contarlo.

**P. M.** Espero y deseo que se hayan tomado medidas de seguridad, pero me imagino que se habrá hecho con la más absoluta de las discreciones, porque si se hubieran hecho públicas, los malditos también sabrían por dónde se ha reforzado la seguridad. Pero lo que está claro es que llevamos doce meses perdidos en una investigación parlamentaria que no está conduciendo a ningún resultado concluyente. Y eso cuando su cometido era tan sencillo como lo que se dijo en nuestra comparecencia: investigar qué ocurrió antes del 11-M, qué falló en nuestro Estado de derecho, qué responsabilidades hubo, quién no avisó a quién, quién no oyó los avisos, por qué no hubo coordinación entre fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado... No vamos a consentirle al fiscal de Asturias que archive la trama de los explosivos aunque siga jurando que, para evitar el 11-M, habría necesitado una bola de cristal. Que se la hubiese comprado. Porque con el terrorismo no se juega. Los terroristas pueden volver a actuar en cualquier sitio y, mientras tanto, no podemos seguir discutiendo sobre si son galgos o son podencos. Aparte está la necesidad de que se apliquen las leyes. Yo he seguido todas las sesiones del juicio de El Gitanillo y he visto cómo su madre se reía mientras yo lloraba, y la fiscal quería convencerme a mí de que como era menor lo importante era llegar a un acuerdo, cuando ese menor estuvo celebrando "lo que habían hecho los moros con la dinamita robada".

**EL PAÍS.** ¿Lo ocurrido ha aumentado en sus vidas la sensación de miedo, por lo indiscriminado de este terrorismo?

**P. M.** Como víctimas que somos, no tenemos miedo. No tenemos nada que perder, la vida ya se nos truncó el 11 de marzo. Ni Eva Belén ni Daniel pueden volver a ser asesinados; lo fueron ya el 11 de marzo. No es algo con lo que convivamos las víctimas. Porque, además, ellos lo que pretenden es sembrar el terror y torcer la mano al Estado, y no vamos a consentir que lo consigan con nosotros. A mí, el miedo no me va a meter en casa. Me ha medido el dolor, pero no el miedo. Y respecto a lo que dice de este terrorismo, yo creo que los de ETA son igual de asesinos; las personas que mataron en Vallecas eran unos civiles que trabajaban conmigo en el Ministerio de Defensa, que sólo se dedicaban a conducir; el panadero que murió en Vitoria era sólo un panadero. Es decir, que los objetivos eran iguales, los de ETA son igual de malditos, lo que pasa con éstos es que son muchísimo más brutales y muchísimo más indiscriminados.

**E. R.** Yo sí que tengo más miedo ahora. Porque por obligación me toca usar el tren o el metro a

toda hora, ya que creo que los automóviles no sirven en Madrid. Lo que más me impresiona es que uno está mucho más pendiente de alguien que lleva un maletín o una mochila. No tanto de que la lleve a la espalda como de que la suelte, como muchos acostumbran a hacer. Y eso para mí es impresionante, porque no le pasa a los demás viajeros. Es algo inmediato. Me subo al metro o al tren y lo primero que hago, sobre todo si va muy lleno, es fijarme en la gente, en si llevan bolsas o mochilas, y estoy pendiente cuando se bajan de que salgan con ellas. También me ha sucedido recordar todo lo que ocurrió aquella mañana cuando viajas en el metro y se va la luz unos segundos. Piensas: "Estoy aquí encerrado, y ¿qué va a pasar ahora?"

**P. M.** Incluso cosas tan tontas como esa nueva costumbre de hacer estallar petardos en Navidad, es increíble el efecto que puede tener. He visto llorar a gente de 50 años al oír ese estallido. También el último atentado, la bomba que estalló en Ifema, ha representado un retroceso emocional para nosotros, porque allí pasamos muchas horas. Hemos vuelto a asociar nuestro pabellón de la muerte con otra bomba. Son cosas que para los demás pasan inadvertidas, pero que a nosotros nos causan mucho impacto. Las navidades, por ejemplo, no han sido normales. Con tantas letras como se colgaron en la Castellana, nadie se acordó de poner una frase que dijera *Madrid echa de menos a sus 192 hijos*. A lo mejor estamos hipersensibles, pero es que no levantamos el dedo aquella mañana para que nos tocara. Por eso, las víctimas del terrorismo que pertenecen a esta sociedad, que son inocentes, se merecen, por respeto, por dignidad, algún tipo de gesto que no sea recordarles sólo en el aniversario con fotos y lazos negros. Hay que hacer toda una labor los otros 364 días, porque para nosotros todos los días son 11 de marzo.

**D. A.** Yo me siento igual de seguro o de inseguro que antes. Sigo haciendo las mismas cosas que hacía antes, y sigo cogiendo el mismo tren, el mismo que cogía mi hermana cada mañana para acudir a su trabajo, en Alcobendas. O voy en metro o en autobús, pero intento que no me afecte esta sensación de miedo. Siempre miras a la gente que va contigo en el vagón, pero como lo cojo tantas veces, procuro ya no estar pendiente. No me dedico a mirar por todos lados ni a observar a la gente. Ahora se ve policía en las estaciones, pero aun así sigo pensando que podría ocurrir otro 11-M en cualquier momento. Es que es poco lo que se puede hacer por evitarlo, sólo es posible la acción preventiva.

**P. M.** Podría haber ocurrido ya otro atentado similar.

**D. A.** Sí. Las bombas que encontraron en los trenes que iban a la estación de Chamartín [en las navidades de 2003] podrían haber estallado igual. Menos mal que las detectaron y las desactivaron. La bomba del AVE [hallada días después del 11-M], que no estalló, y esas anteriores, que obligaron a desalojar Chamartín, podrían haber estallado. A mi hermana, que trabajaba en la administración de lotería de esa estación, le pillaron todas las amenazas. De las dos primeras se salvó porque hubo un aviso de bomba y desalojaron la estación; la tercera la alcanzó.



De izquierda a derecha, Mariano Moreno, Antonio Delgado y Roberto Martín, maquinistas de los trenes que sufrieron los atentados el 11-M.

RICARDO GUTIÉRREZ

TRES DE LOS CUATRO MAQUINISTAS RELATAN CÓMO SE HAN SOBREPUESTO A LA TRAGEDIA

## A los mandos de los trenes malditos

MAITE NIETO

**R**oberto Martín, Mariano Moreno, Antonio Delgado y Daniel Muñoz llegaron, como cada mañana, puntuales al servicio que les correspondía. Era jueves, 11 de marzo. Nada especial que hacer salvo comprobar, como cada día, que todo funcionaba correctamente y seguir la rutina. Ninguno era un novato. Cuatro profesionales más entre los 580 maquinistas que cubren los turnos y trayectos en los que están divididos los recorridos de cercanías de Renfe en Madrid.

Roberto, Mariano, Daniel y Antonio se hicieron cargo de sus máquinas con la puntualidad habitual. Minutos después, lo que parecía una mañana más se convirtió para siempre en "ese día fatal". Las bombas estallaron y empezó la pesadilla de la que ellos, sin heridas físicas importantes, también fueron víctimas.

Un año después, Roberto Martín, el conductor del tren que estalló en las vías situadas frente a la calle de Téllez, todavía se muestra nervioso y terriblemente serio. Se ha reunido en otras ocasiones con sus tres compañeros, entre los que hoy no se encuentra Daniel Muñoz —el conductor de la unidad siniestrada en la estación de Santa Eugenia— por motivos personales, pero es consciente de que tendrá que recordar y él ha sido el que peor lo ha pasado de los cuatro.

"Tuve una herida en la rodilla", dice, "por la que estuve de baja, pero eso fue lo de menos. Tardé tres meses en poder reincorporarme al trabajo. No puedo explicar por qué, pero me sentía incapaz de meterme solo en la cabina. No sabía si ante cualquier incidencia podría superarlo".

Roberto, como él mismo explica, vio mucho, pero no quiere en-

trar en detalles aunque los recuerda todos. Tuve que salir de la cabina por el vagón. En mi vida podré olvidar las palabras de una mujer que se enfrentó a mí preguntándome: "¿Pero qué ha hecho?". "Yo sabía que no era culpable de nada y a la media hora lo podía comprender todo, pero en el momento...".

A pesar del impacto supo lo que tenía que hacer: salió del tren y accionó el pantógrafo para conseguir corriente con la que poder llamar por teléfono. "Veía a gente en las vías y tenía que avisar para que no mandaran más trenes y el desastre fuera mayor", recuerda

### Un carrito de niño

Mariano Moreno parece el más entero de los tres. El 11-M, él controlaba el tren de Atocha, el primero que estalló. "Cuando salí de la cabina ya no vi a nadie en el vagón. Pensé que nos habían dado un golpe por detrás. Entonces fue cuando escuché la segunda explosión. No me dio tiempo a nada porque un guarda jurado me sacó de allí. Pero sí recuerdo lo que vi al

entrar en Atocha: la estación estaba a reventar y se me ha quedado grabada la imagen de una señora que estaba esperando en el andén con un carrito de niño".

Mariano estuvo diez días sin conducir un tren. Las primeras horas se sintió fuerte e incluso tuvo la entereza suficiente para salir de la estación y, en medio del caos, coger un autobús para dirigirse hacia Chamartín, que es la dependencia de cercanías a la que él estaba adscrito en ese momento. "El problema llega cuando te metes en la cama tras haber visto todas esas imágenes", explica Moreno. "Al día siguiente estaba bloqueado, no sabía qué hacer".

Antonio Delgado conducía el cercanías que estalló en la estación de El Pozo, una máquina de dos pisos que había pasado puntual, como a él le gusta, por Azuqueca de Henares, el pueblo donde vive en una casa desde la que se ve la estación. "Sólo estuve cinco días apartado del servicio. Fueron días muy amargos. En casa no hacía nada más que darle vueltas a la

**Roberto Martín: "Los chicos de 9 y 10 años del equipo de fútbol de Moratalaz al que entrenaba me dijeron: 'No te preocupes, ganaremos la liga'. ¡Y la ganamos!"**

**Antonio Delgado: "Sólo estuve cinco días apartado del servicio. Fueron días muy amargos. En casa no hacía más que darle vueltas a la cabeza y llorar"**

### Rutina rota

LA RED DE CERCANÍAS de Madrid nació a finales de los años ochenta como respuesta a la necesidad de movilidad que planteaba una numerosa población que se iba asentando en las zonas de la periferia de la capital. Por ella se mueven 1.400 trenes y 886.000 viajeros cada día laborable, en diferentes recorridos que paran en 99 estaciones y unen 336 kilómetros de vía. Cada una de las 258 unidades de su flota puede llegar a transportar 1.000 personas, 500 más si se trata de alguno de los 40 trenes de doble piso.

En este tipo de recorrido, el maquinista es el máximo responsable, ya que, salvo en horas punta, suele viajar solo. Las cortas distancias entre estaciones permiten que el personal de mantenimiento y ayuda se encuentren en puntos intermedios para acudir con rapidez en caso de resultar necesario.

Cada maquinista, cuyo sueldo oscila entre los 36.000 y 48.000 euros anuales, está asignado a una ruta concreta y funciona a través de lo que técnicamente denominan gráficos, que no es otra cosa que una agenda en la que constan sus horarios y recorridos diarios con los cambios de turno necesarios para distribuir equitativamente la carga de trabajo.

Sistemáticamente, la rutina de un maquinista consiste en estar en su lugar de trabajo unos 15 minutos antes de tener que hacerse cargo del tren, presentarse al jefe de estación, que le indica la situación de la unidad de la que debe hacerse cargo, y comprobar que la dotación está completa y que todos los sistemas funcionan correctamente. Luego empieza un día en el que todos tienen un objetivo común: que los trenes lleguen en punto y sin incidencias.

cabeza y llorar. Me daba miedo no poder volver. Yo fui al psicólogo sólo un día. Para mí, lo duro era pasar por El Pozo, y para ir a la consulta tenía que hacerlo. Cada vez que entro en el mismo sentido en El Pozo me acuerdo de aquel día".

Los tres contaron con el apoyo de su empresa y de sus compañeros, que les acogieron en el momento para tranquilizar sus nervios, que les escucharon una y otra vez los días posteriores y que no se han atrevido a preguntar por temor a infligir un daño innecesario. Desde el primer momento, la ayuda de Rosa Gallego, la doctora que atiende al personal de Renfe, fue básica. Se encontraron a un ser humano que escuchó sus historias y sus miedos. Sabía lo que se sentía porque ella también coge el tren cada día. Enseguida les recomendó visitar a un psicólogo, un servicio del que se encargó la empresa, y la conclusión fue la misma: hablar, buscar el calor de los suyos, seguir con la vida cotidiana y con las aficiones.

"Yo estuve viendo al psicólogo una vez por semana durante tres meses", cuenta Roberto Martín. "Cuando empecé a encontrarme mejor volví a hacer viajes acompañado, pero sólo en trayectos cortos y evitando la zona donde pasó todo. Tras seis o siete veces, el psicólogo me preguntó si me atrevía a pasar por Téllez. Hice el recorrido y fue mejor de lo que había imaginado. El 14 de junio volví al servicio".

Roberto reconoce que se ha recuperado básicamente gracias a su familia y al fútbol. Cuando ocurrió el atentado entrenaba al equipo de benjamines de Unión de Moratalaz, niños de 9 y 10 años. Todos se enteraron de lo que le había pasado a su entrenador, pero ninguno preguntó nada. "Sí noté que se portaron mejor y uno de los chavales me dijo: 'No te preocupes, vamos a ganar la liga'. ¡Y la ganamos! Para mí fue muy importante estar rodeado de niños con tanta ilusión por vivir".

### Inseguros, vulnerables

"Mi primera visita al psicólogo", recuerda Mariano, "me ayudó muchísimo. Me hizo ver que había que pensar en ello y no bloquearlo. Al volver, mi mujer me dijo que parecía otra persona. Como a Roberto, el fútbol también me sirvió de terapia. Soy coordinador de un equipo de la Asociación Deportiva Villa Rosa, y trabajar con los chicos me ha venido muy bien".

Aunque algunos de ellos evitaron ver las imágenes de la tragedia durante los primeros días, no han querido huir de la realidad y confiesan haber seguido las noticias que se han ido sucediendo durante este año sobre los atentados. Ninguno, sin embargo, se ha recreado en el tema con la familia y han tratado de restarle dramatismo. Los tres votaron el 14 de marzo, y aunque no quieren entrar en detalles, aseguran que "lo hicieron a los mismos que tenían pensado antes de que ocurriera todo esto".

Cada uno de ellos se ha hecho una y otra vez las mismas preguntas y ha especulado sobre los porqués o las consecuencias de que hubieran hecho una u otra cosa el 11-M. También les han invadido los sentimientos de inseguridad que fueron comunes aquellos días, el peso de ser conscientes de "que somos vulnerables y nadie está a salvo". Y se han debatido entre la contradicción de sentir alegría por haber salvado la vida y la tristeza infinita de haber estado tan cerca del dolor que causaron aquellas bombas. "Por la cabeza pasan muchas cosas, y nunca, nunca, nunca podremos olvidar", concluyen Antonio y Roberto, "pero tenemos que seguir viviendo".

VÍCTOR MUNTEAN SALVÓ AL GUARDIA JOSÉ RODRÍGUEZ

## “Evitó que me desangrara”

ANTONIO JIMÉNEZ BARCA

Un año después, José Rodríguez y Víctor Muntean se juntan en un bar cerca de Atocha. No se conocían el 11 de marzo de 2004. Ahora les ata una relación indestructible, trenzada a base de valor, dignidad y amor al prójimo y a uno mismo. Su historia empezó a las 7.37.

A esa hora estalló la primera bomba, que a José, vigilante de la estación de Atocha, le pilló de pie en el andén: “No resulté herido, así que entré en el vagón que tenía enfrente y ayudé a desalojar a los pasajeros; vi que no quedaba nadie y salí otra vez al andén. Miré a los lados para decidir dónde acudir cuando...”

Cuando estalló la segunda bomba, justo en el vagón del que acababa de salir José, que perdió el conocimiento. Al recobrarlo, se examinó. Le dolía mucho la pierna: “La tenía vuelta del revés, mirando para dentro, sujeta por unos jirones de carne...”

“Por los tendones, la tenía sujeta por los tendones”, precisa Víctor Muntean, de 44 años, moldavo, una de las personas que iban esa mañana en ese tren. Como cada día, acudía con su maletita a un trabajo que desempeñaba sin contrato ni papeles: cuidar de un anciano en la plaza de Castilla.

Víctor escuchó la primera explosión dentro del vagón, notó cómo el tren trepidaba y se levantaba unos centímetros del suelo, vio que se apagaba la luz. Escuchó el *bip bip* de las puertas automáticas al abrirse y salió junto con los otros pasajeros. “La gente escapaba por la escalera mecánica con mucho miedo, y yo pensé también en escapar”, recuerda. Pero junto a los gritos de terror oyó también, detrás de él, gritos de socorro.

En ese momento Víctor recordó quién era. Qué era: “Hace más de 25 años, el primer día que pisé la Universidad de Kishiniov, un profesor reunió a los novatos y nos dijo: ‘Vosotros ya no sois hombres: sois médicos, para el resto de

vuestra vida’. Me acordé de eso y entonces...”

Entonces estalló la segunda bomba, y la tercera —que el vigilante José no oyó porque estaba inconsciente— y que Víctor soportó acurrucado debajo de la escalera mecánica.

Después se levantó, domeñó el deseo de huir —desconocía si iba a estallar otra bomba en cualquier momento—, se dio la vuelta y se encaminó, tranquilo, hacia el ejército de heridos esparcidos en el andén o metidos en los vagones. “Soy médico”, recuerda un año después, dando por supuesto que esa palabra lo explica todo.

### “Te ayudo”

Encontró en un vagón un hombre con una silla clavada en el estómago. Se la sacó. El otro consiguió pronunciar un “gracias” antes de morir. Vio otro tumbado de espaldas en el andén: José. Se acercó a él. Su insuficiente español de dos meses en Madrid le bastó para presentarse: “Soy médico. Te ayudo”. De su maletita extrajo una camiseta y le practicó con ella un torniquete en la pierna. El vigilante trataba de incorporarse apoyándose en los codos para ayudar a dos mujeres que yacían cerca. Víctor le detuvo poniéndole la mano en el hombro: “Quieto”. Atendió a las mujeres. De su maletín extrajo el fonendoscopio que llevaba para cuidar del anciano de la plaza de Castilla y empezó a aplicárselo a los cuerpos tendidos en el andén, a fin de saber quién estaba vivo. “A un herido le hice un torniquete en el brazo con los cordones de una zapatilla derecha que encontré de casualidad. Para otro herido utilicé los de la izquierda”, relata.

José asiente. Un año después, casi está recuperado. Y su amigo moldavo tiene permiso de trabajo. Eso está bien, dice. Pero Víctor no trabaja en lo que merece. No trabaja de médico: es empleado de mantenimiento en una empresa siderúrgica de Coslada porque el Ministerio de Educación aún no le ha convalidado su título.

Ambos sonríen cuando recuerdan cómo se reencontraron. Días después del atentado, Víctor vio



El vigilante José Rodríguez (a la izquierda) y el médico Víctor Muntean, en Atocha.

CLAUDIO ÁLVAREZ

“A un herido le apliqué un torniquete con los cordones de una zapatilla que encontré por casualidad”, recuerda el médico Víctor Muntean

por Telemadrid a José, que, tendido en la cama de un hospital, daba las gracias con lágrimas en los ojos y, mirando a la cámara, se dirigía al extranjero desconocido que le había salvado la vida “con un torniquete hecho con una bufanda”. Víctor comentó a su mujer: “Yo no soy, yo usé una camiseta”. Ella le respondió: “Yo creo que sí, y deberías verle”. Se conocieron. Y José se ríe ahora, un año después: “Cómo iba a saber yo que era una camiseta, joder, Víctor”. Luego se pone serio: “Él sabe que mi casa es suya, que mi familia es suya, que mi vida es suya, porque yo estoy aquí por él, evitó que me desangrara”.

Víctor replica. Dice que no es un héroe. Que es algo distinto: un médico. “¿Cómo un médico va a abandonar a personas heridas?”. Sólo dejó el andén cuando la poli-

cía ordenó desalojar la estación al encontrar una mochila con una cuarta bomba.

Salió por su propio pie. Atravesó el cordón de seguridad, se deslizó entre el batallón de curiosos que ya se arremolinaban en torno a Atocha. Cruzó la glorieta y se montó en el 27, el autobús que va a la plaza de Castilla. Aún tenía un trabajo de médico que hacer esa mañana. Los otros pasajeros del 27 le miraban asombrados: sólo entonces se dio cuenta de que estaba manchado de sangre de las heridas de otros. En una fuente se lavó la cara y los brazos. Luego subió al piso donde le esperaban desde las ocho. Llamó a la puerta. El anciano le recibió un poco asustado:

—¿Por qué tardaste tanto, Víctor? ¿Te has enterado de lo que ha pasado en Atocha?

EL SOLDADO EMILIO ARCAS RESCATÓ A LA JOVEN JANA GALLARDO

## “Me sacó en brazos del tren”

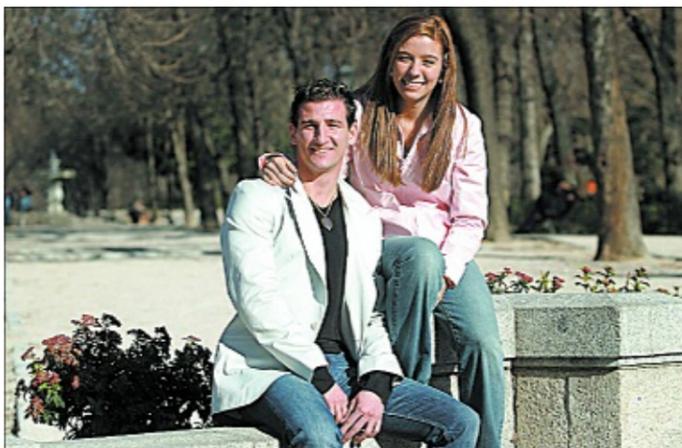
A. J. B.

Emilio Arcas, militar, de 24 años, tenía aquel día ejercicio de tiro. Y Jana Gallardo, de 19, clase en la universidad. Ambos coincidieron, cada uno en un tren, a la entrada de Atocha, en la calle de Téllez, la mañana del 11 de marzo. El cercanías de Jana se situó enfrente del de Emilio. “Oímos todos un ruido fuerte y nos tiramos al suelo”, recuerda el soldado. “Me asomé a la ventana y vi cómo en el tren de enfrente una puerta volaba en pedazos con un hombre que quería salir en ese momento”. Tras recobrar-se del susto, Emilio se dirigió al

tren que había estallado. Un policía le interceptó: “Oiga, soy militar, no me voy a asustar de lo que vea”, le replicó.

Recorrió los vagones. Desde el sexto hasta el primero. “Y lo que me encontré dentro fue lo peor que he visto en mi vida. Y yo he estado en Bosnia y en Afganistán”, recuerda. “Se me quedó grabada la imagen de un señor muerto, de un color gris oscuro, con los auriculares del móvil incrustados en los oídos. Había muerto hablando por el móvil”, señala.

Tras media hora de auxiliar a heridos llegó al primer vagón. No esperaba encontrarse a nadie vivo. Pero en los asientos pegados a la ventanilla vio a un



Emilio Arcas y Jana Gallardo, en el Retiro.

C. A.

En el asiento de enfrente se encontraba encajonada Jana, que preguntó a Emilio: “¿Puede sacarme a mí también?”

hombre inclinado hacia delante, aguantando con la espalda un trozo del techo del tren que se había desprendido. “Estaba como emparedado. Me pidió ayuda y yo tiré de sus brazos y salió, y luego saltó por la puerta del vagón y se fue corriendo, tan campante, mientras yo le veía alucinado...”. En el asiento de enfrente se en-

contraba encajonada Jana, que al ver a Emilio exclamó: “¿Me puede sacar a mí también?”. Emilio le respondió con cortesía de militar: “No me llames de usted, que sólo soy un poco mayor que tú”. La liberó. Se separaron.

Semanas después, Emilio vio en un recorte de periódico a Jana en el hospital. Y llamó para interesarse por ella. Le explicó por teléfono a la madre que él la había sacado del tren. Y la madre contestó: “¿Tú también?”. Emilio no sabía que había un hombre de 25 años que llevaba días haciéndose pasar por el salvador de Jana. La visitaba, le hacía regalos (un osito de peluche) y hasta llegó a salir con sus amigos.

Todo esto hasta que una mañana apareció Emilio por la puerta de la habitación. Nada más verlo, Jana, que no recordaba muy bien la cara de la persona que le había salvado, pero que siempre había sospechado del extraño del osito de peluche, exclamó: “Éste sí que es el que me sacó en brazos del tren”.

LOS FAMILIARES DE MOHAMED ITAIBEN, UNO DE LOS MARROQUÍES MUERTOS, SE ABREN CAMINO LUCHANDO CONTRA LOS PREJUICIOS

# Dos veces víctimas

J. J. MATEO

En la casa de paredes color rosa de Farid Itaiben no queda nada que recuerde a su hermano Mohamed, una de las tres víctimas mortales marroquíes de los atentados del 11-M. Sus fotografías están escondidas en un cajón. Su ropa, sus libros, sus cosas, fueron repartidas entre los pobres de su ciudad natal, Alhucemas. Aunque Mohamed, el hermano religioso, el que enseñaba árabe a sus sobrinos y madrugaba para rezar, ha dejado herencia. "Mi padre lo tuvo muy claro cuando le dieron la indemnización. Me dijo: 'Yo estoy viejo, coge tanto como quieras y úsalo para que vuestro futuro esté en España'", asegura Farid, de 29 años. Y no va a desaprovechar la oportunidad: "Quiero alquilar un local para montar un locutorio, con ocho cabinas de teléfono, Internet y una tienda en la que mi mujer y yo podamos vender golosinas y ropa para niños". Hacer realidad su sueño no está siendo fácil para Farid y su familia. El problema: son marroquíes, como los que pusieron las bombas, los malos.

"Cuando ya tenía casi alquilado un local, fue a verlo mi mujer y entonces cambió el precio", cuenta Farid mientras suena su reloj de pared, que transporta hasta su salón la llamada a la oración del minarete de una mezquita. "Les asustó el aspecto de mi esposa, con su pañuelo negro en la cabeza. Por eso empezaron a decir que por cada cosa que pusiera —los ordenadores, las cabinas, las líneas de teléfono— tendría que pagarles un suplemento", continúa. "En otros sitios he preferido no discutir. Una vez, al decirme que no me alquilaban el local, me explicaron: '¿Es que no sabes lo que ha pasado con el 11-M y los trenes?'. Yo preferí no contestarles... Sólo les dije: 'Macho, si mi hermano murió allí'".

## Malentendidos

Pese a las dificultades y los malentendidos, todo está en marcha: "Tengo ya hasta el aparejador; en cuanto encuentre el sitio, lo monto inmediatamente. Es el sueño de mi mujer". Los ojos de Sanaa, con la cabeza envuelta en un pañuelo, siempre sonriente, chisporrotean cuando habla del futuro. "Sería ideal porque necesito un trabajo que se adapte a mí", cuenta. "Quiero hacer algo que me permita estar con mis niños, llevarlos y traerlos al colegio, entrar a trabajar y cerrar cuando yo quiera", continúa.

Farid, su mujer y sus dos hijos viven en un piso en Azuqueca de Henares (Guadalajara), a escasos 50 metros de las vías de tren por las que Mohamed se marchó para no volver. Osama, de año y medio, y Wedad, de tres, llenan la casa de juegos, gritos y chillidos. Cada esquina del apartamento guarda varios peluches. La cocina esconde un gran tractor verde de plástico, el sueño de todo niño. Nueve años después de que Farid cruzara el Estrecho, la vida de los Itaiben está en España.

"Aquí, mis hijos podrán estudiar y no tendrán que ponerse a trabajar tan pronto como yo", reflexiona Farid, a quien le queda un año de residencia en España para poder reclamar la nacionali-



Farid Itaiben, en la mezquita de Azuqueca de Henares.

ULY MARTÍN

**Farid Itaiben: "El dueño del local me dijo: '¿Es que no sabes lo que ha pasado con el 11-M?'. Sólo le contesté: 'Macho, si mi hermano murió allí'"**

**La aventura de los Itaiben en España empezó con la llegada de Jamal. Con el atentado perdió a su primo y su trabajo en una empresa de construcción**

dad. "Creíamos que teníamos derecho a la nacionalidad española por la muerte de mi hermano", cuenta, "pero cuando fuimos a la comisaría del pueblo, ni habían oído hablar de ello. Nos dijeron que no podían hacer nada", explica.

La aventura de los Itaiben en España comenzó en 1991, cuando llegó Jamal, de 43 años y primo de Mohamed. El día de los atentados no sólo perdió a un ser querido; también perdió su trabajo cuando le despidieron de la empresa de construcción en la que estaba empleado con su primo. "Yo le había metido allí. Cuando el nombre de la compañía salió en la prensa no les gustó, sobre todo porque descubrieron que Mohamed no estaba legalmente en España y había utilizado los papeles de otro", dice con amargura.

Desde entonces, sus ilusiones son sencillas, pequeñas, piezas que conforman una vida. Jamil espera impaciente a que llegue el mes de agosto para viajar a Larache, en Marruecos, donde viven sus seis hijos. "En España estoy solo", recuerda. Puede que para el viaje tenga coche nuevo: le ha echado el ojo a un Seat Ibiza de 1992. "Le voy a mirar el motor", dice Jamal, que entregó su furgoneta a los padres de Mohamed durante su última visita a Marruecos. "Si tiene algún problema, se lo arreglo yo. Con el nuevo coche, ise acabó el pasar frío y el tardar hora y media para ir a la obra!", sonríe.

Todo —el trabajo, el coche, los viajes— está al servicio de un objetivo: cambiar su habitación en un piso de Rivas-Vaciamadrid por un apartamento en el que

pueda vivir con sus hijos. "Ojalá pueda traérmelos pronto a España para que estudien y se puedan labrar un futuro", explica. Tampoco está siendo fácil. "El problema es que los papeles tardan mucho. Llevo esperando dos meses sin que nadie me diga nada", se queja entre sonrisas.

## Marruecos, último destino

El primo de Jamal, Mohamed, no fue la única víctima marroquí del 11-M. A Sanaa Ben Salah Imadaquan, que tenía 13 años, la muerte le impidió seguir estudiando primero de la ESO y hacer realidad su sueño infantil de ser veterinaria. Los Imadaquan han sobrevivido a un año difícil, triste, como las otras 190 familias rotas por los atentados. Ellos, además, se han enfrentado a momentos de gran tensión. El más duro, durante la manifestación de las víctimas del terrorismo, en enero. "Un grupo de mujeres me empezó a gritar: '¡Quítate el pañuelo, vete a tu país, mira lo que nos han hecho los marroquíes!', cuenta por teléfono Jamila, la madre de Sanaa. "Mientras las otras madres [de las víctimas] me defendían, les contesté que yo soy sólo una trabajadora que lleva 20 años en España y que ha perdido a su única hija aquí", añade.

Como los Itaiben y los Imadaquan, una tercera familia marroquí lloró la pérdida de un hijo el 11-M. Hoy, el dolor del aniversario impide hablar a los padres de Osama el Amrati, que viven en Tánger. Un obrero que murió camino del trabajo, el primero de los tres marroquíes asesinados que fueron repatriados a Marruecos, donde los tres están enterrados. Beatriz, su novia española, la chica de barrio que estaba aprendiendo árabe con Osama, sólo quiere superar su pérdida y prefiere no hablar con los periodistas.



Jamal Itaiben, en la estación de Atocha.

CRISTÓBAL MANUEL

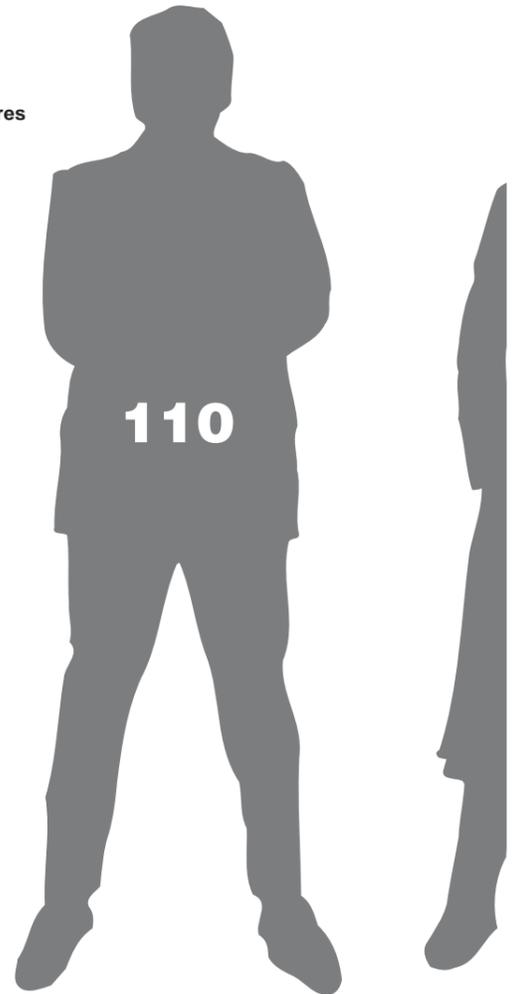
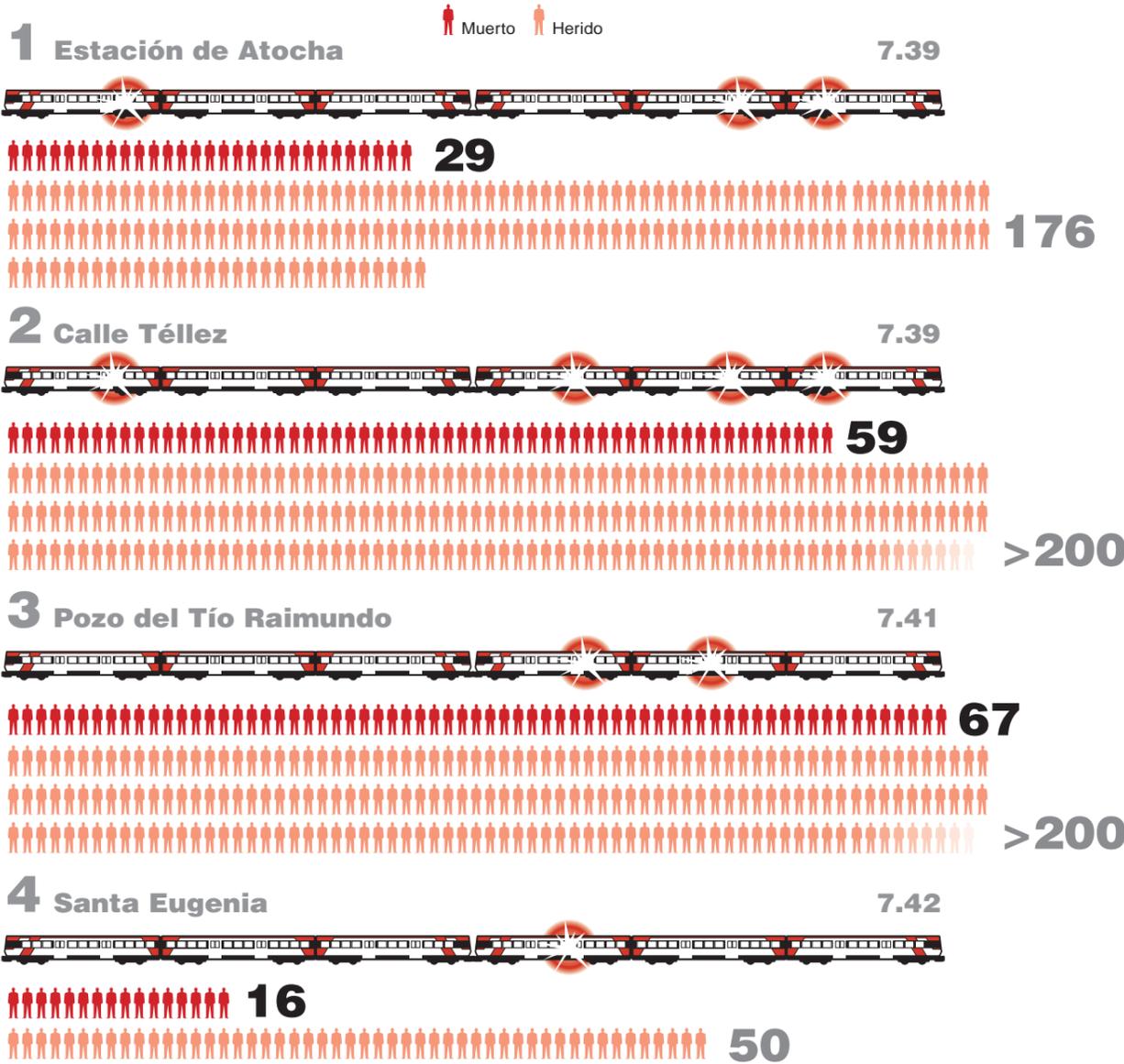
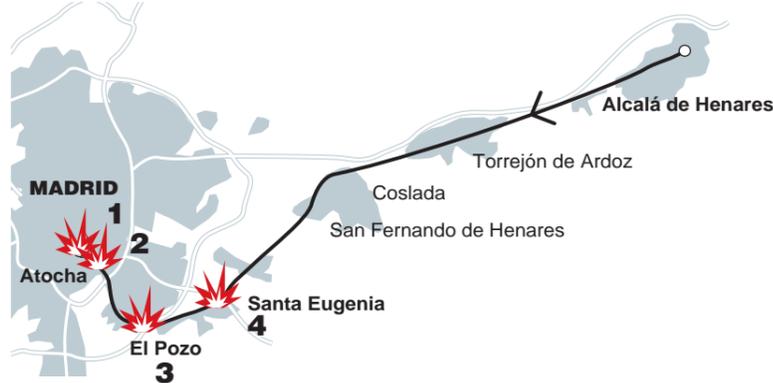
# 191 Muertos

## Las víctimas

Fue el peor atentado de la historia de Europa: 191 muertos y más de 2.000 heridos. El 11-M, y los días inmediatamente posteriores, puso a prueba, con resultado espectacular, el funcionamiento de los servicios de emergencia.

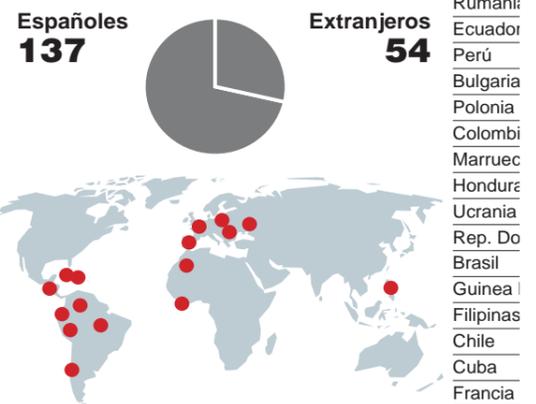
### Las cifras de muertos y heridos

No se sabe con seguridad cuántas personas viajaban en los trenes de la muerte la mañana del 11 de marzo. Tras las explosiones, y en los primeros momentos, muchos heridos fueron trasladados a los hospitales, incluso en vehículos privados. Las cifras que aparecen bajo estas líneas corresponden a los muertos producidos en el mismo lugar de la explosión y prácticamente en el acto, tanto en el interior de los vagones como en los andenes. Suman 171, incluida la niña polaca de siete meses Patricia Rzaca. Los otros 20, hasta completar la cifra de 191, corresponden a los fallecidos posteriormente en los hospitales, incluyendo un niño, cuyas iniciales son N. J. M., cuya madre resultó herida, que nació en mayo y murió dos días más tarde. El caso que instruye el juez Juan del Olmo incluye a estas 191 víctimas. El mismo juez utiliza a veces la cifra de 192, añadiendo al geo Francisco Javier Torronteras, muerto el 3 de abril en Leganés por el suicidio con explosivos de siete terroristas. El número de heridos corresponde a los evacuados desde el lugar de la explosión por los servicios de emergencias inmediatamente después de los atentados. Incluyendo a los atendidos posteriormente, la cifra total es de 2.062.



De las 191 víctimas mortales, 110 eran varones y 81, muerta una niña de siete meses y un niño de dos días.

### 17 países de luto por el atentado



### Personal de emergencia

En las primeras horas se movilizaron en Madrid el 11-M unas 5.300 personas, que llegaron a las 100.000 a lo largo de la jornada. Vivieron de una forma muy próxima el dolor producido por las explosiones y muchos de ellos necesitaron apoyo psicológico.



Fuente: Consejería de Justicia e Interior de la Comunidad de Madrid.

### Los familiares de las víctimas

Miles de personas que buscaban a sus familiares desaparecidos entre la de muertos.



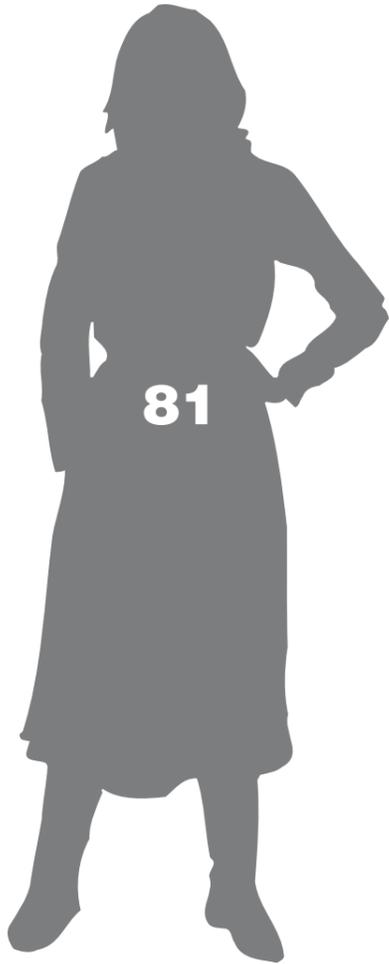
# Ases del 11-M

100 heridos. El trauma causado por los salvajes atentados del 11 de marzo de 2004, y los días inmediatamente posteriores, se vivió una movilización sin precedentes que involucró a los servicios de emergencia y la solidaridad ciudadana.

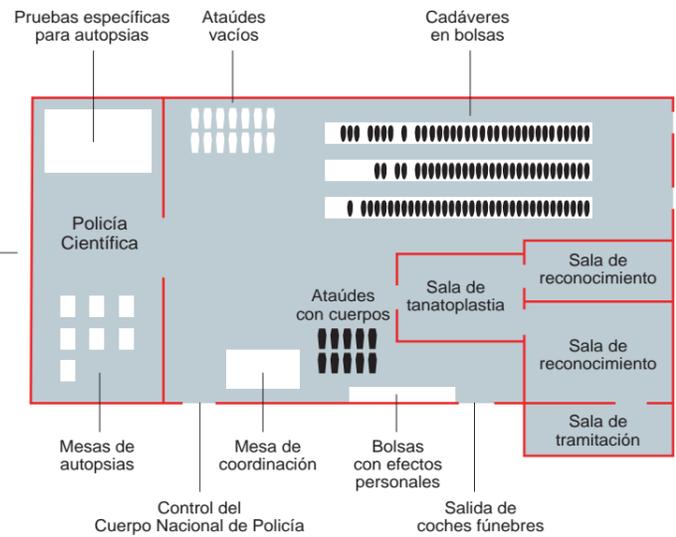
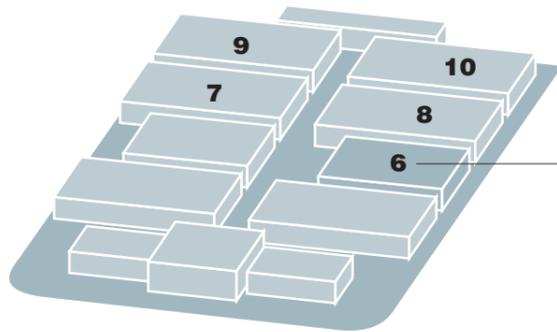
# Heridos 2.062

## Forenses y psicólogos

Los cadáveres fueron trasladados al Ifema, donde se realizaron las autopsias y las identificaciones. Un equipo de forenses trabajó durante 41 horas seguidas mientras psicólogos y voluntarios atendían a los familiares. Adicionalmente se realizaron pruebas de identificación, incluidas las de ADN, en el cementerio de la Almudena y en el Instituto Anatómico Forense.



Pabellones utilizados en el Ifema para la identificación de cadáveres y atención a familiares



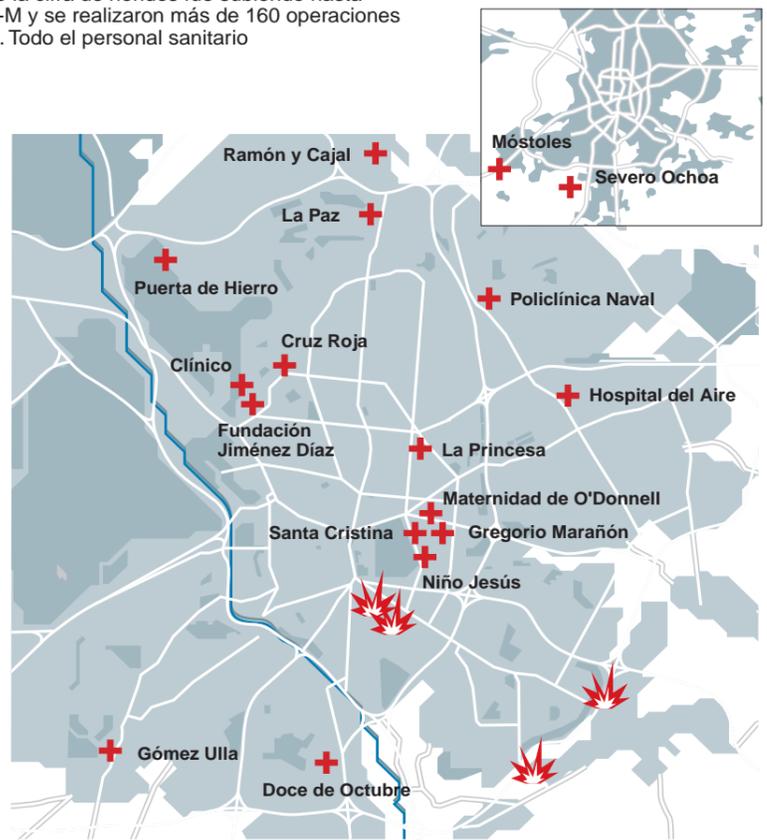
## Heridos y personal hospitalario

En las primeras horas fueron atendidas más de 1.400 personas, pero la cifra de heridos fue subiendo hasta superar los 2.000. La última alta se produjo 142 días después del 11-M y se realizaron más de 160 operaciones quirúrgicas. Miles de ciudadanos de toda España donaron su sangre. Todo el personal sanitario de Madrid fue movilizado.

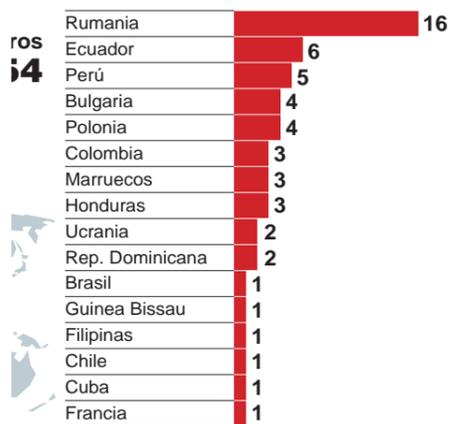
Datos a las 21.00 horas del 13 de marzo

Centros públicos:	Heridos	Altas	Críticos	Muy graves	Graves	Leves	Fallecidos
Gregorio Marañón	312	60	24		63	93	4
Clínico San Carlos	68	50	4	5	4	4	1
Doce de Octubre	255	149		10	27	7	1
H. C. de la Defensa	57	25	6		24		
Ramón y Cajal	15	9	1	1	3	1	
La Paz	38	20	6		10	1	1
Fund. Jiménez Díaz	10	4	1	2	2	1	
Princesa	47	10		8	5	4	2
Getafe	40	25	1	1	10	3	
Móstoles	6	6					
Alcorcón	13	10			2	1	
Severo Ochoa	25	22					
Niño Jesús	12	9			1		
Príncipe de Asturias	63	55			2	4	
Puerta de Hierro	5	3	1				
<b>Total públicos</b>	<b>966</b>	<b>457</b>	<b>44</b>	<b>27</b>	<b>153</b>	<b>119</b>	<b>9</b>
<b>Centros privados:</b>							
Moncloa	7						
San Camilo	2						
Sanatorio del Valle	1						
<b>Atención Primaria</b>	<b>204</b>						
<b>Total general</b>	<b>1.180</b>						
<b>Hosp. de campaña</b>	<b>250</b>						
<b>TOTAL</b>	<b>1.430</b>						

Fuente: Ministerio de Sanidad y Consejería de Sanidad de la Comunidad de Madrid.



## El atentado



## Victimas

Los desaparecidos lo hicieron en los pabellones de Ifema. Primero, entre las listas de heridos; luego, en los pabellones de identificación.

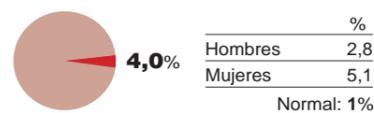
### DOS EN EL IFEMA



## La población de Madrid

El conjunto de la población de Madrid y de las localidades del corredor del Henares sufrió un importante impacto emocional que quedó reflejado en el incremento de la demanda de asistencia psicológica.

### ESTRÉS POSTRAUMÁTICO



### DEPRESIÓN



### ATAQUES DE PÁNICO



Datos de una encuesta realizada por la Universidad Complutense de Madrid en los días posteriores al atentado.

Fuente: 'Consecuencias Psicológicas del Atentado Terrorista del 11-M' (UCM).

Cada uno de los 191 fallecidos en la masacre del 11 de marzo falta de algún sitio. Su ausencia no sólo se siente, también se ve. Una mesa de trabajo, una cama, una reunión de amigos, un pupitre escolar... son lugares que ocuparon y donde su recuerdo adquiere forma

SEIS LUGARES A LOS QUE EL ATENTADO ARRANCÓ UNA VIDA

## El vacío de los ausentes

PABLO XIMÉNEZ DE SANDOVAL

Tiempo después del 11 de marzo, cuando se decidió a pedir la ayuda de un psicólogo, José Luis Sánchez San Frutos se encontró con que había lista de espera. No había aceptado la ayuda cuando se la ofrecieron, nada más conocer que su mujer, Marion Cintia Subervielle, de 30 años, madre de una niña de dos, había fallecido en uno de los trenes de la muerte. Sin embargo, hoy afirma que encontró cierto sentido a su dolor en un texto de Antonio Machado, que adoptó como terapia. Es capaz de recitarlo de memoria.

“La muerte de mi mujer dejó en mí un espíritu desgarrado”, escribía Machado en una carta a Miguel de Unamuno, a finales de mayo de 1913, con motivo de la muerte de su esposa, Leonor. “Mi mujer era una criatura angelical segada cruelmente por la muerte. Yo tenía adoración por ella, pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiese preferido mil veces morir a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto”.

Así aparece citado en un libro titulado *La pérdida de un ser querido. El duelo y el luto*, de Marcos Gómez Sancho, editado con motivo de los atentados del 11-M y con un prólogo de la entonces ministra de Sanidad, Ana Pastor. “El libro nos lo dieron los trabajadores sociales”, cuenta José Luis Sánchez, “y esa carta me ayudó muchísimo”. “Yo me identifico especialmente con ese texto porque se trata de una esposa, pero hay otros textos y conozco a otros familiares de víctimas a los que les ha ayudado”.

Aquella mañana del 11 de marzo, Marion Subervielle salió de su casa en Alcalá para acudir a su trabajo de azafata en la recepción de la Biblioteca Nacional. Le había cambiado el turno a su compañera África porque las mañanas le venían mejor para luego estar el resto del día con su niña, Inés, entonces de 10 meses de edad.

Hay un vacío que dejan los ausentes que va más allá de lo emocional. Hay lugares, situaciones, momentos en los que deberían estar presentes y, sencillamente, no

están. Unos días después del 11-M, una cuñada de la rumana Elena Ples, fallecida en el atentado, comentaba que se había impresionado al llamarla a gritos para que viera un programa de televisión. Siempre lo hacían así, se llamaban a gritos de un lado a otro de la casa. Aquel “¡Elena, mira!” no tuvo respuesta, y a su cuñada le temblaba la voz al recordarlo.

En el caso de Marion Subervielle, uno de esos vacíos está en la Biblioteca Nacional, en la entrada de la derecha, donde se sentaba con el uniforme de las azafatas, chaqueta roja y falda azul marino, de 8.00 a 14.30. Nada ha cambiado, porque el sitio tampoco da para personalizarlo mucho. Pero dentro del ordenador sigue habiendo una foto suya, hecha con cierto sentido artístico en uno de los ascensores del edificio, reconocible por el espejo en forma de ojo de buey.

### El centro de atención

“Con Marion había buen ambiente”, recuerdan sus compañeras. Rondan todas la treintena y “ella era la primera en tener un niño, así que era el centro de atención”. Hoy, entre las azafatas de la institución hay una que ocupa, por decirlo así, su sitio. Empezó a trabajar unos 10 días después del atentado. Se tensa al mencionárselo: “Ni pregunto ni quiero preguntar. Es un tema de mis compañeras que debo respetar. Me guardo la curiosidad para mí”. En el lugar suele haber flores.

“Machado me ayudó a equilibrar la balanza y esperar”, asegura José Luis, que sólo había leído al poeta en el instituto y por obligación. La ausencia de Marion le ha hecho también plantearse la vida desde un punto de vista espiritual. “En su carta, Machado dice que una fe negativa no lleva a ningún sitio. Yo siempre he sido agnóstico, pero ahora quiero creer, quiero encontrar un sentido”. La hija de Marion y José Luis ya tiene 22 meses y cada vez habla mejor. José Luis ha comprado una casa en Madrid. Está planeando llevar a la niña al Liceo Francés. Antonio Machado finaliza su carta a Unamuno diciendo: “En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente en que la he de recobrar. Paciencia y humildad”.

Aquel 11 de marzo quedaron vacíos dos puestos más en la Biblioteca Nacional. En el archivo de la hemeroteca hay una mesa vacía con un jarrón de flores de madera. Allí se sientan, cuando tienen un momento de tranquilidad, los ayudantes del servicio de publicaciones periódicas, que bajan al archivo a buscar los fondos solici-



La silla de trabajo en la que se sentaba David Vilela y las flores que lo recuerdan, en la Biblioteca Nacional.

GORKA LEJARCEGI

José Luis recuerda lo que escribió Machado al morir su mujer: “Hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente en que la he de recobrar”

Unas flores de madera, que sustituyen a otras naturales, recuerdan permanentemente a David Vilela en el archivo de la Biblioteca Nacional

tados por los investigadores. Las flores, que sustituyen a otras naturales, recuerdan a uno de ellos, David Vilela, de 23 años. La mañana del 11 de marzo tenía una entrevista de trabajo para cuando se le acabara el contrato temporal en la biblioteca, adonde acudía en tren. Se da la particularidad de que, a excepción de las compañeras de Marion, casi nadie queda para recordar a los ausentes, ya que los contratos temporales han hecho que en el último año hayan cambiado los compañeros de trabajo.

Pero los que quedan, como Rosa R., que lleva “toda la vida” en la biblioteca, recuerdan a David “cariñoso y atento”. Una persona que “trataba bien al público, por pesado que fuera”.

En el guardarropa recuerdan también a María Luisa Polo Remartínez. Otro contrato temporal. Su oficio era el de remalladora, pero a los 50 años llevaba muchos sin trabajar. Volver a tener ocupación le había hecho una ilu-

sión tremenda. Entre agosto y diciembre de 2003 compartió el pequeño espacio del guardarropa, de ocho a tres, con Charo Herranz. María Luisa era de hablar poco, discreta y prudente, cuenta Charo. En su anecdotario guarda también que “cuando le preguntabas si se volvería a casar, te decía: ‘¡Rotundamente no!’”. Eso le hace reír.

Con Pepi Quintana, de la limpieza, María Luisa jugaba a la Primitiva y fantaseaba con que le tocaba. De vez en cuando, Pepi se mete en las páginas web especiales de los periódicos sobre el 11-M. “Allí la busco a ella, miro su foto y la recuerdo”. María Luisa le había confesado que creía haber sobrevivido a dos atentados. “Primero, el de Irene Villa, que fue al lado de su casa y justo cuando ella iba con su hija por la calle. El segundo fue el de Chamartín, una bomba que no explotó. Ella cogía ese día un tren para Zaragoza. El del 11-M era su tercer atentado”.

En la vida de una veintena de



De izquierda a derecha, José, Dani y Freddy, los amigos de Óscar Abril, recuerdan las partidas de mus que tanto le gustaban.

ULY MARTÍN



Ioan, viudo de Mariana Negru, en el dormitorio de su casa nueva.

CRISTÓBAL MANUEL

personas de Coslada dejó un hueco Óscar Abril Alegre, de 19 años. Prácticamente a diario, toda la pandilla de Óscar se juntaba en un local comercial que tenían alquilado en la plaza del Ayuntamiento. El alquiler no salía a más de 20 euros cada uno. Por las fotos que muestran sus amigos, lo tenían bien aprovechado. O, como dicen ellos, "lleno de mierda". Un cuarto vacío fuera de casa para pasar las horas muertas con los amigos. El paraíso del adolescente.

Se habían conocido en un viaje de fin de curso del instituto Luis Braille de Coslada. El padre de Óscar era el profesor de gimnasia de la mayoría de esta pandilla. Un año se llevó a su hijo al viaje de fin de curso en Andorra. "Allí lo conocimos, y después empezamos a quedar con él", cuentan sus amigos. Óscar Abril estudiaba educación física en el INEF, en la Ciudad Universitaria. Con él estudiaba su novia, Jana, que iba también en el tren la mañana del 11 de

marzo y sufrió la bomba que mató a Óscar, pero sobrevivió a sus heridas.

La relación con los padres se ha mantenido intacta, y hasta se ha reforzado tras el atentado. "El 22 de octubre fuimos a celebrar su cumpleaños con sus padres a su casa, como tantos domingos", cuenta Alfredo Iglesias, Freddy, uno de sus amigos. También siguen yendo a casa de su amigo a bañarse en la piscina o a hacer barbacoas. "Los padres quieren que sigamos haciendo todo como cuando él estaba", explica Beatriz Villar, Bea. Donde ya no irán es a las fiestas del pueblo de Teruel al que iba en verano. Estaba empeñado en invitarlos a todos allí.

En alguna fotografía del local aparece Óscar jugando al *risk*, pero donde lo daba todo era en el mus. Además, era de los que lo dejan bien claro cuando ganan una partida, avasallando. Ahora faltan Óscar, las ganas de muchas co-

sas y hasta el local. Hace poco cambió de propietario y no renovaron el alquiler. El mus sigue, pero en el parque. "Diga que le echamos de menos y que nos acordamos de él todos los días", pide José Serrano, Jose. En cualquier lugar, en cualquier cosa que esté haciendo esta pandilla, el nombre de Óscar Abril acaba saliendo en la conversación.

El vacío que dejó Sanaa Ben Salah, de 13 años, en el instituto Juan de la Cierva provocó una emoción colectiva que estuvo a punto de echar a perder todo un curso académico. Sanaa acudía desde Alcalá de Henares a clase de primero de la ESO en este centro del barrio de Arganzuela, al lado de la estación de cercanías de Acacias. Era marroquí, pero le gustaba decir que era madrileña.

"En su sitio no se volvió a sentar nadie en todo el curso", dice Leticia Presa, compañera de clase de Sanaa. En el aula de 1º A, "su pupitre estaba libre, y normal-

mente con flores y velas". Algunos alumnos, como Leticia, tenían la foto de ella pegada en sus pupitres. Los libros de Sanaa se quedaron en la cajonera hasta que se los entregaron a su madre. El chico que se sentaba a su lado tuvo que cambiarse de sitio para no estar solo junto al altar improvisado. Hoy, una hornada nueva de alumnos de 13 años ha ocupado el aula y el sitio, a la izquierda según se entra, en la cuarta fila, pegado a una columna que sobresale de la pared. Probablemente ni lo saben, porque el año pasado no estaban en el instituto.

#### Bromista

Desde allí, Sanaa hacía bromas e interrumpía al profesor. "Era muy bromista, de las que sacaban buenas notas pero sin esforzarse mucho", dice Leticia. En el grupo de amigas de Sanaa había sobre todo niñas ecuatorianas. A una de ellas le afectó tanto la ausencia que entró en depresión y tuvo que volverse a su país. "Otra le había dejado la agenda para que se la firmara", cuenta Leticia. "Cuando se la devolvieron estaba un poco quemada. Se compró otra".

Los profesores del instituto recuerdan la gigantesca emoción colectiva que provocaron todos estos detalles y lo duro que fue conseguir enjuagarla. "Empezó a haber una dinámica de histeria", explica Eustaquio Macías, uno de los jefes de estudios. Los alumnos "traían velas, hacían recordatorios, escribían recuerdos", y todo se iba acumulando en el vestíbulo de la entrada. "Se reproducían en el centro todas las acciones de recuerdo de todos los ámbitos". Además, la presencia de periodistas era constante durante las primeras semanas. Por fin, los responsables del centro aprovecharon las vacaciones de Semana Santa para hacer un último homenaje y quitar todos los recuerdos de en medio. Sólo queda una placa en la biblioteca. "A mí me obligaron a quitar la foto que tenía pegada en la mesa", dice extrañada Leticia. Este año harán un nuevo homenaje a Sanaa por el aniversario.

En un barrio de las afueras de Torrejón de Ardoz, Ioan Negru ha cumplido los dos sueños de su mujer. El vacío que dejó Mariana Negru en la vida de Ioan no se puede medir en metros cuadrados. Mariana, de 40 años, murió en el primer tren que explotó en Atocha, cuando iba a trabajar en el servicio doméstico. Vivían en una casa alquilada. Los sueños de Mariana eran comprar una casa y trabajar en el supermercado Día en Torrejón.

Ioan, de 45 años, cumplió el suyo el pasado mes de julio: comprar un piso. Lo decoró él mismo, y puso todos los muebles nuevos. "Yo creo que ella la habría puesto igual", asegura. Se mire donde se mire, aparece Mariana. En una foto, en su colección de porcelanas en lo alto de la estantería, en su juego de vasos de cristal de Bohemia, o en su ropa, que continúa ocupando la mitad del armario de la habitación. "No es todo. Di parte de la ropa para los rumanos pobres que llegan a España sin nada", dice Ioan. La semana pasada, Mariana debía haber cumplido 41 años.

En su habitación, todo es nuevo. Ni la cama ni los muebles son los que ella ocupó. Son los que debía haber ocupado. Pero en el cajón de la mesilla sigue estando el anillo que llevaba puesto cuando murió, su alianza de boda. En las mañanas de Ioan está el vacío de Mariana duchándose mientras él hacía el café. Porque ella tenía más prisa. Salía de casa a las 6.55, y él, a las 8.00.

**Los padres de Óscar Abril, de 19 años, pidieron a los amigos de su hijo que siguiesen haciendo lo mismo que hacían junto a él cuando estaba vivo**

**La ausencia de Sanaa Ben Salah del instituto en el que estudiaba provocó una emoción colectiva que a punto estuvo de echar a perder el curso académico**

En teoría, Madrid no estaba preparada para una catástrofe como la del 11-M. En la práctica, la dedicación, con frecuencia heroica, de miles y miles de profesionales de la sanidad y los servicios de emergencia hizo posible una buena atención a las víctimas. De la tragedia se han sacado importantes lecciones para el futuro



Un equipo del Samur-Protección Civil, en Madrid.

ULY MARTÍN

LOS SERVICIOS DE EMERGENCIAS HAN INCORPORADO LA EXPERIENCIA ADQUIRIDA EN EL ATENTADO A SUS PROTOCOLOS DE ACTUACIÓN

## El reto del día siguiente

SOLEDAD ALCAIDE

Entre los uniformes amarillos de los equipos del Samur se mezclaban, la mañana del atentado del 11-M, las ropas de paisano de los voluntarios que se presentaron a ayudar en los escenarios donde explotaron las bombas. Entre tanta gente era fácil distinguir a los integrantes de los servicios de emergencias, pero casi imposible reconocer de un vistazo quién mandaba en todo aquello.

Esa dificultad no cayó en saco roto. "A partir de ahora, el responsable de cada foco de actuación llevará un casco rojo, en lugar de amarillo", explica el director general de Emergencias del Ayuntamiento de Madrid, Alfonso del Álamo. Es una de las muchas novedades que van a incorporar los protocolos de actuación de los servicios de emergencias —policía, bomberos y personal sanitario— de la capital y de la Comunidad de Madrid.

Una vez pasada la catástrofe, estos héroes del atentado del 11-M no se dedicaron a colgarse medallas por la gestión de la situación, que permitió salvar muchas vidas y evitó que la ciudad se sumiera en el caos. Al contrario, desde entonces se han aplicado en analizar toda su actuación, con el objetivo de sacar el mejor partido de la experiencia que vivieron y hacer cambios en su manera de funcionar.

Aunque eso es lo que hacen

continuamente, según apunta Rafael Ferrándiz, subinspector de Documentación, Captación y Control de Datos del Cuerpo de Bomberos del Ayuntamiento, y que fue responsable de la dotación que actuó en la calle de Téllez. "Por desgracia, una de las conclusiones que sacamos es que, si todo el dispositivo salió bien, es por la gran experiencia en atentados de los bomberos de Madrid. Hay pocos cuerpos en el mundo acostumbrados a trabajar en situaciones en las que no se sabe si puede haber más bombas en el lugar del atentado. Ese bagaje facilitó que las dota-

ciones penetraran en las estaciones sin plantearse el peligro de nuevas explosiones", asegura.

Para no improvisar, los diferentes servicios están elaborando nuevos planes de actuación, en los que introducirán los elementos que echaron en falta durante los atentados y eliminarán todo lo que dilate las operaciones. "En la evacuación de urgencias, todos los protocolos internacionales incluyen la necesidad de rellenar unas tarjetas de colores, denominadas *de triaje*, y que se colocan sobre el herido, para que luego pueda ser trasladado

La Comunidad de Madrid pretende que esté mejor definido en situaciones de crisis el papel de forenses, psicólogos y Cruz Roja

por una ambulancia. El 11-M descubrimos que se pierde mucho tiempo en cumplimentarla cuando se produce una evacuación rápida", explica Del Álamo.

El Gobierno de la región trabaja ya en el nuevo Plan Territorial de Protección Civil de la Comunidad de Madrid (Procima), según explica el consejero de Justicia e Interior, Alfredo Prada, aunque aún en fase muy técnica.

### Gabinete de crisis

"Ese día se activó por primera vez el nivel máximo del plan de emergencias", precisa Prada. Eso implica que el Gobierno central se hace cargo del control de la crisis, aunque el entonces ministro del Interior, Ángel Acebes, delegó en la Comunidad de Madrid, que tuvo que coordinar a más de 100.000 personas en toda la región. Su gabinete de crisis lo formaron los responsables de los servicios de emergencia: Samur-Protección Civil, bomberos, Cuerpo Nacional de Policía, Guardia Civil, Cruz Roja, Policía Municipal y Protección Ciudadana, entre otros.

"Una vez que todo volvió a su cauce, hay cuestiones susceptibles de mejora", asegura Prada. Entre otras cosas, porque cuando se elaboró el plan, la Comunidad carecía de competencias que ahora tiene y cuya coordinación es básica en una crisis. Prada cita Justicia, Sanidad y Educación. Las dos primeras fueron fundamentales el 11-M.

Además, la Comunidad quiere que esté mejor definido el papel

### El pabellón número 6

EL PABELLÓN NÚMERO 6 del Palacio de Exposiciones Ifema de Madrid ha quedado en la memoria de los españoles tan ligado a los escenarios de la matanza del 11-M como las estaciones donde estallaron las bombas terroristas. Allí, durante varias jornadas seguidas, quedó establecido el centro de operaciones para paliar la catástrofe, se practicaron las autopsias y se prestó apoyo psicológico y administrativo a los familiares de las víctimas. Pero, con apenas un parón de 48 horas para desinfectar, el pabellón volvió a convertirse en sala de exposiciones, ocupación en la que no ha cesado desde entonces. "Cumplió su misión y nadie lo ha visto como un lugar tétrico", dice Fermín Lucas, director general de Ifema.

Pero su papel no acaba aquí. Los responsables de Emergencias de Madrid consideran que la gestión de la situación desde Ifema sirvió para descubrir que la capital necesita este tipo de infraestructuras para catástrofes de amplias dimensiones, como el 11-M o un accidente aéreo. Por eso, es uno de los servicios que

se han incorporado a los protocolos de actuación en situaciones de crisis. "La operatividad que ofreció el Ifema facilitó una coordinación más eficaz, pues rápidamente se pusieron en marcha servicios imposibles de montar en otros sitios", explica Lucas. El mismo 11-M se habilitó un *catering* para 3.000 personas y se instalaron 168 líneas telefónicas. "Incluso Telefónica habría tenido problemas para instalar tantas líneas, pero aquí las canalas de luz ya estaban en el suelo del pabellón", apunta. "A las dos de la tarde se pidieron dos ordenadores y un fax, y en cinco minutos los teníamos". En menos de una hora se montaron varios puestos con un regadero, mesas y máquinas para los forenses.

"Los técnicos nos pidieron aparatos dentales y de rayos X. Dio la casualidad de que celebrábamos Exponental y, por megafonía, solicitamos los equipos. A los cinco minutos nos sobraban. Eso habría sido impensable si el centro de operaciones hubiese estado en un hangar o un polideportivo", agrega Lucas. Ahora, su reto es que la próxima vez no tengan que improvisar.

## 218, todavía

TODAVÍA HOY, un año después de los atentados, 218 pacientes continúan recibiendo asistencia sanitaria en Madrid por las lesiones sufridas en las explosiones, en su mayoría en el hospital Gregorio Marañón, según la Consejería de Sanidad. También fue éste el hospital que más heridos ingresó el 11-M: 312. La atención que reciben se produce en su mayor parte en consultas ambulatorias de los servicios de traumatología, cirugía plástica, neurocirugía, neurología y oftalmología.

De los pacientes, 25 están en tratamiento de rehabilitación por las secuelas de sus lesiones, 26 fueron intervenidos quirúrgicamente —uno de ellos, hasta nueve veces, y otros dos, tres veces cada uno— y están pendientes de una nueva operación 12 heridos en el hospital Doce de Octubre y uno en el Ramón y Cajal.

“Las secuelas permanentes que pudieran presentar no se determinarán hasta pasados 18 meses del atentado”, asegura un informe de la Consejería de Sanidad que hace balance de la situación clínica un año después.

Por otro lado, los servicios de Salud Mental de la Comunidad de Madrid han atendido hasta la fecha a más de 3.000 personas, lo que ha generado casi 14.000 consultas, en su mayoría de mujeres.

De los distritos de la capital, el que más consultas ha atendido es el de Vallecas (2.800), mientras que Alcalá de Henares (2.060), Coslada (1.348) y Alcobendas (840) son las ciudades madrileñas con más trabajo por este motivo.



Equipo sanitario del hospital Gregorio Marañón que atiende a los heridos del 11-M.

ULY MARTÍN

“Hay pocos bomberos en el mundo habituados a vivir situaciones en las que no se sabe si puede haber más bombas en el lugar del atentado”, dice Ferrándiz

## Mirando al futuro

CERCA DE 300 AMBULANCIAS trabajaban a destajo a las nueve y media de la mañana del 11 de marzo del año pasado, apenas dos horas después de que hubieran explotado las bombas terroristas. La cuestión no era tan sólo trasladar a las víctimas de la catástrofe, sino también dejar camas libres en los principales hospitales. Además, ese día recibieron atención médica más de 2.000 personas, de las cuales cerca de la mitad lo hicieron en los 15 hospitales de la red pública. Semejante despliegue no se había vivido en la sanidad madrileña en toda la democracia.

“Aunque haya habido muchos atentados terroristas, mi memoria no alcanza para recordar una situación tan crítica como la que se vivió el 11-M”, asegura la directora del Servicio Madrileño de Salud, Almudena Pérez. Por eso, desde el pasado julio, un Comité de Análisis y Gestión de la Crisis, un órgano colegiado formado por las autoridades sanitarias de la región, analiza la situación vivida para plantear elementos de coordinación médica para el futuro. “Hasta ahora hemos tenido dos reu-

niones de trabajo con profesionales expertos y estamos desarrollando varios protocolos con los que garantizar la coordinación sanitaria”, explica Pérez.

Por otro lado, se han reforzado en Madrid los servicios de emergencias y urgencias, con un notable aumento de los recursos, tanto materiales como humanos. Así, el Servicio de Urgencias de la Comunidad de Madrid (Summa) cuenta ahora con 17 vehículos de intervención, 24 UVI móviles y 377 profesionales más integrados en sus equipos.

“Todos los vehículos de intervención llevan ahora kits de atención de emergencias y, desde septiembre, se ha puesto en marcha un plan de formación por el que todo el personal puede prestar atenciones básicas”, agrega la directora. Eso implica que hasta el conductor de una ambulancia esté capacitado para atender una urgencia. Igualmente, el Servicio de Salud tiene prácticamente ultimado un plan de actuación específico para casos de múltiples víctimas, que puede estar aprobado en dos o tres semanas.

de otras instituciones que fueron muy importantes, como el Instituto Anatómico Forense, la Cruz Roja y el Colegio de Psicólogos. Y también es necesario actualizar un catálogo de medios y recursos de la región, para distribuirlos mejor en caso de emergencia.

Más avanzado está el nuevo protocolo de actuación de los bomberos de Madrid o el Samur del Ayuntamiento. Los primeros ya trabajaban en un documento cuando se produjo el atentado. A lo largo de este mes implantarán el nuevo Procedimiento Operativo Normalizado de Organización de un Siniestro, que especifica, por ejemplo, cómo debe ser el trasvase de mando a medida que un siniestro se amplía.

“El 11-M surgió una nueva modalidad de atentado, que fue, aparte de la brutalidad y el número de víctimas, su multifocalidad, pues fueron cuatro atentados en uno”, explica Ervigio Corral, jefe de servicio de Samur-Protección Civil. Eso hizo que hubiera que dividir los efectivos y, por tanto, perder eficiencia. Y ello a pesar de que Madrid ya había experimentado atentados de ETA con dos focos.

“Aprendimos que había que invertir en más medios, y si antes había tres hospitales de campaña, ahora tenemos nueve y hemos comprado un cuarto vehículo para catástrofes, porque hay que transportar a las víctimas”, agrega.

El Ayuntamiento de Madrid ha adquirido además equipos descontaminantes NBQ (nuclear, biológico y químico) para enfrentarse a las denominadas bombas



El subinspector Rafael Ferrándiz.

GORKA LEJARCEGI

sucias, una nueva modalidad de terrorismo que obliga a descontaminar al personal y a las víctimas al evacuarlas del atentado, para no propagar la infección.

Los servicios de emergencia aprovechan cualquier circunstancia para hacer simulacros. El pasado puente de diciembre hicieron una prueba, cuando explotaron varias bombas en cinco gasolineras de las afueras de Madrid. Aunque no hubo víctimas, trabajaron simultáneamente en cinco focos.

### Inhibidores de frecuencia

Los bomberos le han dado mucha importancia también a la necesidad de establecer una comunicación ágil con el mando. Precisamente el 11-M, las comunicaciones no fueron fáciles. La red telefónica se congestionó en las primeras horas por el gran número de personas que buscaban a sus allegados, y además, en el entorno de los atentados, la policía puso en marcha inhibidores de frecuencia para evitar explosiones por control remoto.

“El único sistema que funcionó fue nuestro sistema tetradigital”, afirma Corral. Se trata de un sistema de radio digital con diferentes canales que sirve para comunicar entre sí los focos de actuación, además de con la cadena de mando. A la vez, existe un canal que interrumpe los anteriores si, por ejemplo, hay que ordenar la evacuación general.

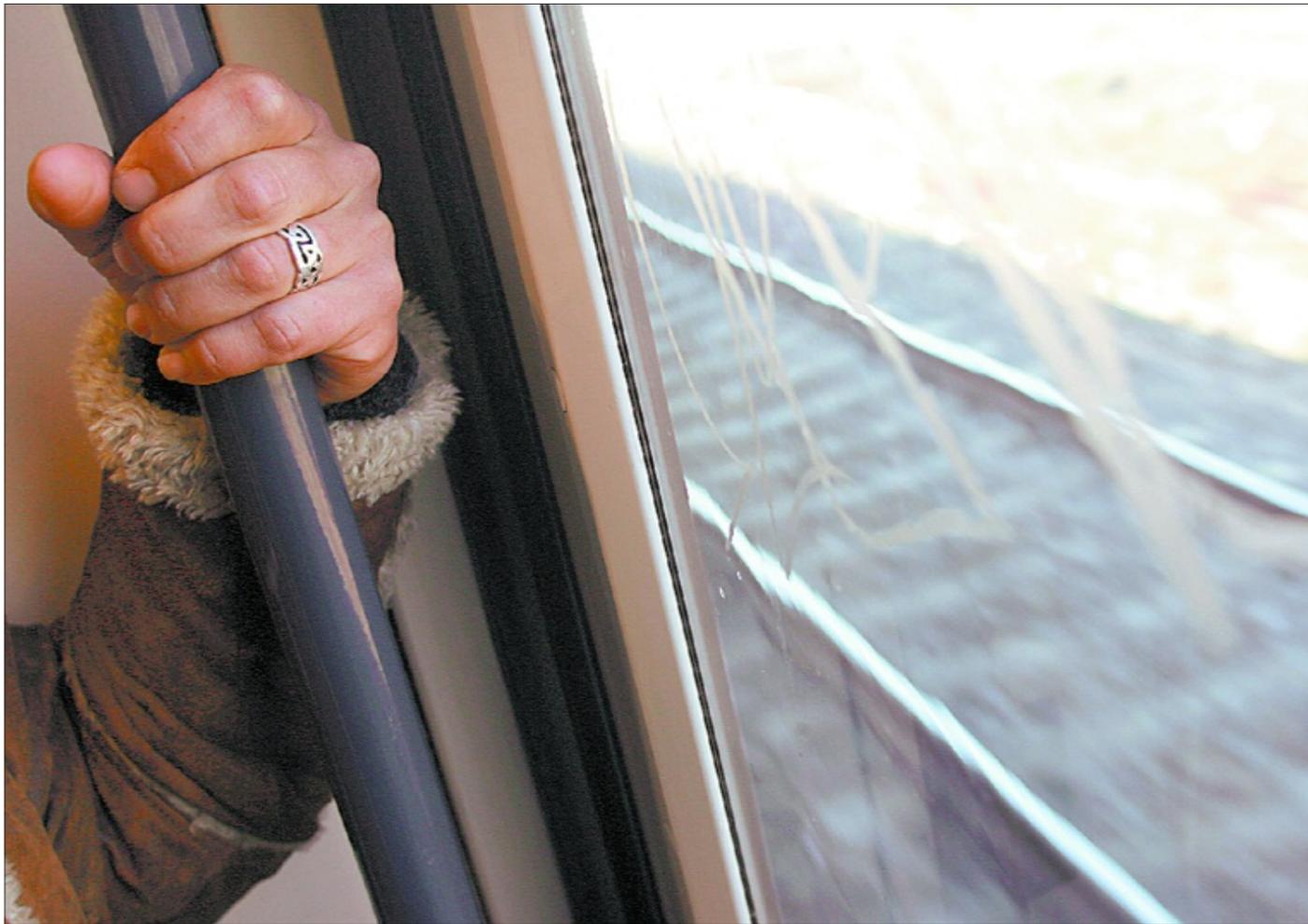
La Comunidad de Madrid estudia cómo implantar en toda la región un sistema similar.

“También vamos a llevar al Samur una figura que tradicionalmente llevan los bomberos, que es un técnico de comunicaciones al que llaman Campana”, explica Alfonso del Álamo. “En el 11-M nos dimos cuenta de que el oficial que dirige cada foco pierde mucho tiempo en establecer comunicación”.

“La dificultad de las comunicaciones impidió, por ejemplo, localizar fácilmente a los heridos ingresados en los hospitales”, explica la directora del Servicio Madrileño de Salud, Almudena Pérez. Con un sistema integrado, muchos familiares no habrían tenido que recorrer los hospitales de Madrid para ver las listas.

Otra novedad estará en la cadena de activación de llamadas para alertar al personal. En el Samur, varios administrativos llamaron la mañana del 11-M en poco más de media hora a 500 funcionarios por teléfono. “Conseguimos que, de las 75 personas que había de guardia esa noche, se pasara en una hora a 400, y de 26 vehículos a 110”, explica Corral. “Junto a Emergencias 112, hemos hecho ahora un sistema de alertas por SMS”.

La conclusión de los servicios de emergencias es que, desde un punto de vista técnico, su trabajo tiene que estar basado en tres pilares: medios materiales y humanos, protocolo de actuaciones y entrenamiento para ponerlo en práctica. “Los terroristas nos pusieron el nivel muy alto, y nosotros tenemos que adaptarnos”, sostiene Corral.



Un tren de cercanías de la línea Alcalá de Henares-estación de Atocha.

GORKA LEJARCEGI

LA TRAGEDIA HA SUPUESTO UN ANTES Y UN DESPUÉS PARA CIENTOS DE PSICÓLOGOS QUE ATENDIERON A LOS AFECTADOS

## Palabras en la herida

LOLA GALÁN

El megáfono o, mejor dicho, la voz de los sanitarios del Samur amplificadas siniestramente a través de este instrumento, es uno de los recuerdos más angustiosos que conserva Graciela Esteban de aquella eterna noche del 11 al 12 de marzo de 2004. "Llegaron los del megáfono y pidieron un psicólogo. Me ofrecí yo. Entonces me dijeron: 'Vamos a nombrar a una persona y a llamar a su familia para que se acerque'. Yo tenía que comunicarle que la persona a la que estaban buscando había muerto". Graciela Esteban comprende que, en aquella situación de confusión casi total, los equipos del Samur (Servicio de Asistencia Municipal de Urgencia y Rescate) no tenían muchas más opciones para cumplir su misión que echar mano del megáfono, y de gente como ella, una más del millar de psicólogos que ayudaron a heridos y afectados por los atentados a afrontar aquella tragedia.

El impacto del 11-M ha sido fuerte en un colectivo que no ha dejado de tener presente aquella mañana de marzo, aunque no sea más que a través de los pa-

cientes con daños psicológicos que siguen tratando. Pero de aquel intenso conjunto de experiencias, Graciela cita el episodio del megáfono porque sintetiza mejor que ningún otro todo el horror de aquel momento. "Al principio, en cuanto llegaba la persona con el megáfono, todo el mundo se arremolinaba a su alrededor. Luego, cuando se dieron cuenta de que los nombres que se leían eran los de los muertos que iban siendo identificados, la entrada del enfermero del Samur con el megáfono provocaba llantos y gritos".

Visto con la perspectiva del año transcurrido, Esteban, psicóloga de Madrid Salud, ve más luces que sombras en aquella experiencia de pesadilla. "Me queda, como a todos los que intervinimos, la satisfacción personal y profesional de haber prestado alguna ayuda". ¿Cuál? "Servimos de amortiguador, algo importante en lo que supuso un enorme impacto". Ella y Manuel Bardullas, compañero suyo de la misma institución sanitaria municipal, acudieron de inmediato a la sede de Ifema aquel jueves de marzo.

Los dos experimentaron el mismo tormento, a medida que avanzaban las horas. "Te ibas quedando sin palabras, sin po-

der echar mano de técnicas de ayuda para los que seguían esperando noticias de un familiar desaparecido". El tiempo consumía la esperanza y las técnicas. Graciela, que ha tratado después a un centenar de pacientes traumatizados por el 11-M, recuerda el gesto elocuente de rechazo de una chica cuando comunicó a uno de los grupos que la persona que buscaban estaba muerta. Punto final. Aunque los rechazos fueron pocos. "Una señora me dijo que era creyente, que le buscara un sacerdote", recuerda Bardullas. "Y yo le localicé uno de los muchos que había aquella noche en Ifema".

También para muchas personas implicadas en el dispositivo de emergencia, policías y enfermeros que tuvieron que atender a los heridos o ayudaron a extraer cadáveres de los trenes, los atentados supusieron una fractura total en sus vidas. Es gente que ha tenido que cambiar de empleo, modificar su entorno, atrincherarse detrás de una realidad distinta para salir adelante. La lista de bajas psicológicas abarca a casi toda la gama de profesionales que fueron aquel día muralla de contención de la catástrofe. Hay sanitarios del Samur que

han colgado el uniforme, policías municipales que siguen en terapia de apoyo, y hasta psicólogos que prefirieron pasar página cuanto antes y olvidar lo visto, oído, sentido el 11-M.

A Florentino Moreno, con todos sus años de experiencia en las guerras de Nicaragua, aquella noche en Ifema le dejó emocionalmente roto. "Me tocó acompañar a un señor de mi edad que se había criado en Vallecas, como yo; que hablaba con un lenguaje con el que yo había convivido en aquel barrio. Que buscaba a su hijo. Llegó un momento en que me sentí mucho más preocupado de lo que lo había estado nunca en Nicaragua, donde moría tanta gente a mi alrededor. En Ifema me di cuenta de que yo estaba en la misma diana que las demás víctimas", dice este profesor de la Facultad de Psicología de la Complutense.

### Batas blancas en Ifema

Moreno recuerda que en aquella movilización general "hubo hasta alumnos de la Facultad que se presentaron en el recinto ferial". Con lo cual Ifema se saturó de chicos y chicas con bata blanca y una pegatina en el pecho, ansiosos de acompañar a aquellas familias deshechas para ayudarles a elaborar su duelo, mientras en algún otro punto crítico —hospitales, centros de trabajo— se echaba en falta un poco de asistencia.

Con todo, Mónica Pereira, miembro del grupo de Psicología de Urgencias de Madrid, creado por el colegio profesional en 1996, elogia la actuación global de su gremio. "Fue la mejor de las posibles, aunque mejorable, desde luego". "Aquella noche me admiraron sobre todo los policías, porque supieron aguantar el chaparrón de gritos e incluso insultos que les lanzaron algunos familiares muy tensos y angustiados". Los nervios, en aquellos momentos de total falta de información, jugaron muy malas pasadas. Los nervios y la crudeza del atentado. "En un momento dado, la juez de guardia tuvo que paralizar el proceso de reconocimiento de cadáveres porque los forenses se le desmayaban", dice Graciela Esteban.

La onda expansiva de la tragedia se extendió después por toda la ciudad. Y todavía hoy, unos 60.000 madrileños padecen depresión por aquel terrible impacto, según una encuesta de la Universidad Complutense. La técnica despiadada con la que se ejecutaron los atentados tuvo también consecuencias imprevistas en la vida cotidiana. "La policía nos contó que a alguien que se olvidó la mochila en el metro le persiguieron furiosos los viajeros y le dieron una paliza", dice Graciela, "cuando antes del 11-M se olvidaban muchas". La rabia, el miedo y el dolor tenían que aflorar.

**Graciela Esteban: "Estoy satisfecha de haber ayudado. Servimos de amortiguador, algo importante en lo que fue un enorme impacto"**

**La larga lista de bajas psicológicas abarca a la gama de profesionales que fueron aquel día muralla de contención frente a la catástrofe**

## Planes para la incertidumbre

LA LABOR DE LOS PSICÓLOGOS en las horas que siguieron a las explosiones de los cuatro trenes de cercanías fue "de prevención", evitando "ataques de ansiedad o de pánico en los centenares de personas que aguardaban noticias de sus seres queridos", dice Mónica Pereira. Aunque, admite, "quizá la formación del psicólogo no siempre es suficiente para afrontar estas situaciones". Por ejemplo, la

identificación de objetos. "La policía judicial nos pidió que acompañáramos también a los familiares de las víctimas a recoger los efectos personales recogidos en los trenes", recuerda. "Había una enorme cantidad de objetos organizados por trenes para que los familiares no vieran que pasar por delante de todos. Puede parecer algo trivial, pero en aquellas tremendas circunstancias, un abono de transporte del

fallecido, con su fotografía, el pañuelo que le habían regalado o la mochila que cargaba aquella mañana, podían provocar una tremenda reacción emocional. Nuestra presencia les daba seguridad". A raíz de aquella experiencia, Mónica cree que sería necesario contar con un dispositivo de emergencia permanente en previsión de eventuales catástrofes. Un dispositivo integrado por profesionales expertos.

Fernando Chacón, decano del Colegio de Psicólogos de Madrid, piensa lo mismo y lamenta que todavía no se haya puesto en pie en esta comunidad un "plan de atención en Salud Mental para situaciones de emergencia" como las del 11-M. Un plan que estableciera protocolos y se dotara de profesionales seleccionados previamente, "porque es fundamental saber quién puede intervenir y dónde", dice Pereira.



Entrada principal de acceso a las líneas de cercanías de la estación de Atocha.

GORKA LEJARCEGI

LOS FORENSES Y POLICÍAS QUE TRABAJARON EN LAS IDENTIFICACIONES DESTACAN QUE ES NECESARIO AVANZAR EN EL ANÁLISIS Y LA COORDINACIÓN

## Un nombre para cada cuerpo

ELSA GRANDA

Los atentados de Madrid han marcado un antes y un después para los equipos especializados en la identificación de cadáveres. El 11-M, los profesionales que acudieron a los escenarios de la matanza y a la improvisada morgue de Ifema sabían que el mínimo fallo podía dar al traste con toda la cadena de trabajo. Por la cabeza de algunos pasó el disparate de las identificaciones falsas del accidente del Yak-42.

El reto fue más organizativo que científico. Los forenses aseguran estar acostumbrados a enfrentarse a casos mucho más complejos desde el punto de vista de la identificación, y las técnicas, tanto de ellos como de la policía, no son distintas a las que aplican cotidianamente. Echar mano del protocolo de Interpol fue inevitable, y alejarse de él cuando las circunstancias lo dictaban, también. Ese manual de 87 páginas continúa siendo un documento de referencia.

Una legión de personas se esforzó en todos los frentes para dar un nombre a cada cuerpo: 68 forenses, unos 200 agentes de la Policía Científica y numerosos expertos del Instituto Nacional de Toxicología. El levantamiento de cadáveres fue rápido y ordenado. En 12 horas quedaron firmadas todas las autopsias. En seis días, todos los cuerpos estaban identificados, con un único pero "lamentable" error. En el pabellón de Ifema, primero, y en el cementerio de la Almudena, después, equipos formados por forenses y policías científicos trabajaron a destajo.

Carmen Baladía, directora del Instituto Anatómico Forense y coordinadora de sus colegas en aquellas jornadas, echa la vista atrás y cuenta que cambiaría muy pocas cosas si tuviera que enfrentarse a una tragedia semejante.

"Con la perspectiva del tiempo se ve que fue un trabajo muy bien hecho", dice, y sólo se lamenta de no haber ordenado que un forense acompañase a la policía en el momento de requerir datos a las familias que buscaban a sus seres queridos. "Desde el punto de vista médico", señala, "podrían haberse obtenido detalles muy útiles para determinar más rápidamente algunas identidades". Baladía dice que no se puede hablar de improvisación, pero reconoce que lo inédito de la situación propició que se aprendieran algunas cosas sobre la marcha.

La Policía Científica maneja planes detallados que indican cómo actuar en estas situaciones, y las enseñanzas del 11-M han servido para reforzarlos. David, jefe del Grupo de Terrorismo de la Sección de Actuaciones Especiales, cuenta que su equipo está siempre inmerso en procesos de formación, pero a raíz de los atentados se ha diseccionado la actuación para detectar los errores y los aciertos, y mejorar la coordinación entre los departamentos policiales, de emergencias y de identificación.

Ese trabajo de reflexión y análisis es el que echan en falta algunos forenses. Baladía asegura que,

**El día 12 de marzo estaba prevista una reunión para perfilar el Instituto de Medicina Legal de Madrid. Un año después aún no se ha creado**

**Los forenses consideran necesaria la creación de grupos de actuación especializados y autónomos para afrontar mejor la identificación de víctimas**

tras los atentados, y con motivo de la boda del príncipe Felipe, la Consejería de Interior de la Comunidad le urgió a preparar un plan de actuación en caso de emergencia, "que no fue ni más ni menos que lo que se puso en práctica el 11-M. Nadie más me lo ha pedido".

A Carlos Tortosa, forense en los juzgados de Alcobendas, le invade el orgullo cuando piensa cómo se afrontó el reto de identificar 191 cadáveres en tan poco tiempo, pero le queda un "resquemor" por la falta de una evaluación precisa y conjunta que ayude a otros colegas. Tortosa apunta directamente al Gobierno regional. No entiende que después de lo ocurrido siga sin existir una adecuada organización de la medicina forense en Madrid, que se sitúa "a la zaga en cuestiones de personal y de medios". E indica que el 12 de marzo estaba prevista una reunión para perfilar el Instituto de Medicina Legal. Un año después, aún no se ha creado.

Para Josep Arimany, director del centro de este mismo nombre en Cataluña, ése sería "un paso vital", porque estos organismos, implantados ya en la mayoría de las comunidades, se encargan de coordinar y mejorar los servicios

forenses. Después de haber vivido la experiencia del 11-M en Ifema, Arimany considera que "todo salió bien por la voluntad de los profesionales, pero que la improvisación nunca es buena". Y ésa es la máxima que le ha llevado a trabajar intensamente en una Comisión de Grandes Catástrofes en Cataluña, "en la que están representados todos los equipos necesarios para actuar en caso de una tragedia, y en la que se establece un plan de actuación conjunto".

### Hasta el último detalle

Otra de las iniciativas que han nacido bajo la dirección de este forense es la relación exhaustiva de todos los recursos necesarios en situaciones de catástrofe en Cataluña: "Tenemos planos de todas las zonas en los que se detallan las cámaras refrigeradoras, los lugares para instalar morgues, cómo organizar los traslados... Todo".

Bajo la dirección de Arimany también se ha constituido un equipo de Identificación de Víctimas de Desastres, formado por profesionales de distintas disciplinas, que tiene capacidad para trabajar de forma autónoma. La previsión y la coordinación son, a su juicio, las claves sobre las que hay que incidir a la vista de la experiencia de Madrid, porque en cuanto a los forenses, dice, "no tienen nada que envidiar a los de otros países".

La Escuela de Medicina Legal de la Universidad Complutense envió a la Comisión del 11-M un documento en el cual se pedía que aportaran sugerencias para las conclusiones finales. Una de ellas era la necesidad de crear equipos especialistas en identificación de cadáveres. Una idea compartida también por José Luis Prieto, experto en antropología forense, que considera que esos grupos han de ser multidisciplinarios y autónomos, con capacidad para desplazarse rápidamente a cualquier punto de España.

### Desde Tel Aviv

EL DÍA APENAS HABÍA COMENZADO para Ricardo Nachman cuando escuchó la noticia de la masacre. En ese instante, el subdirector del Instituto Médico Legal de Tel Aviv, de origen argentino, sólo pensó en que aquella forma de actuar le resultaba familiar. Como Israel recibió una invitación para que un equipo de expertos forenses viajara a Madrid, Nachman y otros dos médicos tenían las maletas hechas. Pero a los tres días, el Gobierno español decidió que su presencia no era necesaria. Desde entonces, Nachman ha estado en contacto con sus colegas españoles a través del Instituto de Medicina Legal de Barcelona, con quienes comparte información sobre la identificación de víctimas en

grandes catástrofes y atentados. Como él, decenas de forenses de todo el mundo se han interesado en el último año por el frenético trabajo de aquellos días. Por su cargo, Nachman ha tenido que enfrentarse a situaciones parecidas, "pero nunca de esta magnitud". El terror les ha convertido "desgraciadamente" en auténticos expertos. Desde esa experiencia, ensalza el trabajo realizado: "Se tuvieron resultados en un tiempo récord". La misma tarea en Israel habría resultado más laboriosa, porque "no contamos con la ventaja de tener la huella dactilar de toda la población". La máxima de Nachman es que si el terrorismo no tiene fronteras, la información para combatirlo tampoco ha de conocerlas.



Un tren de cercanías de Madrid.

GORKA LEJARCEGI

LOS GEOS MEJORAN SU EQUIPAMIENTO Y REFUEZAN SU SEGURIDAD TRAS LA MUERTE DE SU COMPAÑERO TORRONTERAS EN LEGANÉS

## El héroe desconocido

JESÚS DUVA

La muerte de Torron nos ha dejado un vacío tremendo. Él era un hombre muy trabajador, muy profesional, muy riguroso... Le echaré de menos toda mi vida". Lo dice un geo, un hombre fibroso y fuerte como un roble, pugnando por reprimir las lágrimas. Torron es Francisco Javier Torronteras Gadea, el subinspector del Grupo Especial de Operaciones (GEO) que perdió la vida el 3 de abril de 2004 en la explosión causada por un grupo de terroristas islamistas en una vivienda de Leganés (Madrid). "Torronteras también es una víctima del 11-M", asegura un compañero, "aunque muriese unas semanas más tarde".

Torronteras, de 42 años, llevaba toda su vida profesional en el GEO, cuyo cuartel general está en Guadalajara. Ingresó en esta unidad del Cuerpo Nacional de Policía en 1990: primero como agente básico, siguió de oficial y, finalmente, de subinspector, grado al que ascendió en el año 2000. "Una carrera insólita, porque lo habitual es que, cuando uno asciende, abandone el GEO. Si Javier estuvo aquí durante 14 años, es porque los mandos le consideraban poco menos que imprescindible", añade.

Hace un año, cuando la explosión provocada por los suicidas del piso de la calle de Carmen Martín Gaité asesinó a Torronteras, el Ministerio del Interior facilitó una fría biografía del subinspector: que tenía 42 años, que estaba casado y era padre de dos hijas —una de 12 años y otra de 10—, que había participado en numerosas operaciones antiterroristas y antimafia y que estaba en posesión de una treintena de condecoraciones, entre ellas la cruz al mérito policial con distintivo rojo por

la captura del comando Donosti de ETA en 1999. Lo que figuraba en su hoja de servicios... y poco más. Entonces, la familia no estaba —sigue todavía sin estarlo— para contar más, y lo mismo les sucedía a sus compañeros y a sus jefes. Pero la gélida nota oficial ocultaba a un hombre de carne y hueso, "buena persona y buen profesional", según sus compañeros.

Aquel fatídico 3 de abril de 2004, Torronteras estaba libre de servicio. Por aquellas fechas iba a ir destinado a la convulsa Irak, pero solicitó retrasar su marcha a este país porque estaba pendiente de firmar la escritura de un nuevo piso comprado en Guadalajara. Iría a Bagdad unas semanas más tarde. Y aquel fatídico día estaba precisamente en su flamante vivienda, ultimando remates con su esposa, cuando le sonó el móvil. Eran las 18.01. El que llamaba era el jefe del GEO, quien reclamaba su inmediata incorporación porque en Madrid se había producido un hecho muy grave.

### Incorporación inmediata

Torronteras cogió su coche y corrió hacia el acuartelamiento del GEO, a las afueras de Guadalajara, junto con su esposa. Así, de repente, se vio formando parte de un equipo de 15 hombres —la mitad de ellos estaban de vacaciones— que se dirigieron a toda velocidad hacia Leganés, sin saber que les esperaba el asalto más comprometido y arriesgado del GEO desde su creación, en 1978.

Además del comisario jefe del GEO, el equipo lo formaban un inspector, tres subinspectores, y el resto, policías. Casi todos iban de paisano, aunque dotados de chalecos antibala, cascos, subfusiles, pistolas, guantes, protectores de codos y rodillas, rifles, máscaras antigás, etcétera. En el reconocimiento previo al asalto, los geos escucharon cómo los ocupantes del piso profirían consignas islamistas y gritos

que les hicieron concluir que los terroristas eran unos fanáticos que estaban muy nerviosos.

Sobre las ocho y media de la tarde, el comando de asalto entró en la vivienda a través del garaje. Cuatro de los geos se apostaron en el rellano del piso, y el resto se parapetaron en la escalera. Derribaron la puerta con una carga explosiva, a lo que los terroristas respondieron disparando sus armas, a la vez que gritaban: "¡Entrad, mamonés...!". Y a cada grito o insulto le seguía una lluvia de tiros. El jefe del grupo policial de asalto comprendió que aquellos tipos no iban a rendirse. Así que decidió lanzar gases lacrimógenos contra los atrincherados en la vivienda.

Los geos comenzaron a colocarse las máscaras antigás. Torronteras, que estaba junto al inspector que mandaba al grupo, pidió el escudo acorazado al compañero que

Los geos comenzaron a colocarse las máscaras antigás. Torronteras, que estaba junto al inspector que mandaba al grupo, pidió el escudo acorazado...



Francisco Javier Torronteras.

lo empuñaba en ese momento, para que pudiera ponerse la máscara antigás. Y Torronteras ya se quedó con el escudo, lo que supone estar en la primera línea de fuego. "Los que están los primeros durante un asalto son los que corren más peligro. Pero Torron era así: cuando la cosa estaba más complicada, él era el primero en asumir más riesgos", recuerda un compañero. Pese a ello, jamás sufrió un percance durante las muchas intervenciones en las que participó. Sólo alguna fractura o alguna herida en una mano por romper ladrillos en los entrenamientos.

Nada más lanzar los gases lacrimógenos contra los terroristas, éstos hicieron estallar los explosivos acumulados en la vivienda. "Debieron de confundir los disparos de los gases con los de armas de fuego. Debieron de pensar: 'Éstos ya están aquí...'. Así que justo en ese momento provocaron la explosión", recuerda uno de los jefes de la operación, que apenas duró tres minutos. Después, un tremendo zambombazo lanzó a los geos contra la escalera, e incluso a uno de ellos, hasta la piscina de la urbanización. A Torronteras le alcanzó una esquirla metálica que, como si fuera un cuchillo, le seccionó la arteria femoral de una pierna. La hemorragia, junto a otras heridas, le ocasionó la muerte.

### Lucha contra el fanatismo

¿Han sacado los geos alguna lección de lo ocurrido en Leganés? "Por supuesto. Hay un antes y un después del 3 de abril de 2004. Ahora sabemos que nos enfrentamos a unos fanáticos que sienten un desprecio absoluto hacia la vida de los demás y hacia la suya propia. Ahora tenemos más medios. Y si antes tomábamos precauciones, ahora estamos obligados a tomar más", señala uno de los mejores amigos de Torronteras.

¿Se pudo evitar la muerte de este subinspector? Sus compañeros son autocríticos y admiten que algo debieron de hacer mal, pero... Ellos mismos reconocen que no siempre usan todos los protectores de que disponen (cascos, viseras, planchas blindadas para el tórax, protector de la zona pélvica, etcétera). Pero a la vez argumentan que, si actúan así, no es porque desprecien el riesgo, sino porque, si se embutieran dentro de un equipo tan pesado, se convertirían en una especie de tortuga. Y eso, en una intervención que requiriese agilidad de movimientos, les restaría capacidad de reacción.

Resulta imposible pensar que Torronteras actuase en Leganés de forma temeraria o precipitada, si nos atenemos a la descripción que hacen de él sus jefes y compañeros. "Era un hombre muy metódico", apunta uno. "Planificaba todo al detalle; era muy profesional", remacha otro. "Era cinturón negro de kárate y experto en artes marciales, y aun así aprovechaba los ratos libres para aprender nuevas técnicas y luego enseñarnoslas a los demás", desgrana un tercer geo.

Cuando no estaba de servicio, Torronteras practicaba artes marciales y buceo —sus dos grandes aficiones—, pero, sobre todo, se entregaba a su esposa y a sus dos hijas. Además, le gustaba mucho leer, sobre todo libros de historia. "Siempre nos animaba a estudiar. Él casi había terminado la carrera de derecho, lo cual tiene mucho mérito teniendo en cuenta la vida que llevamos", explica un geo. Pese a llevar 14 años en el GEO, ningún vecino de su bloque sabía que Torronteras era policía. "Eso da idea de lo discreto que era. Él no se daba ninguna importancia", resume un mando de la unidad.

LOS VECINOS DEL EDIFICIO EN EL QUE SE SUICIDARON SIETE TERRORISTAS ESPERAN AÚN SUS NUEVAS VIVIENDAS

# Leganés intenta olvidar

FRANCISCO JAVIER BARROSO

**A**lberto Maeso, uno de los vecinos de Leganés Norte que se quedaron sin casa el pasado 3 de abril, tiene un recuerdo que no logra arrancar de su mente. Los cánticos a Alá de los siete terroristas que se suicidaron dos pisos más abajo del suyo permanecen grabados y resuenan constantemente en su memoria. Aquel día, una potente bomba acabó con las vidas de los islamistas y del agente del Grupo Especial de Operaciones (GEO) Francisco Javier Torronteras, de 42 años.

Hoy, casi un año después, los afectados reconocen que están "muy cansados". No quieren hablar con periodistas ni posar para fotógrafos. Se consideran víctimas, pero son conscientes de que otros han perdido mucho más. "Recuerdo el día de la explosión como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Cuando todo empezó, pensamos que se trataba de petardos. Pero qué diferente era la realidad...", señala Alberto Maeso, portavoz de los afectados, que habla a título particular para este reportaje.

"Lo que no llevo a entender, por más vueltas que le doy, es cómo puede haber gente que cometa estas barbaridades. Cuando estábamos encerrados en casa, llamamos al 091 y pedimos que nos sacaran porque pensamos que íbamos a morir en cualquier momento y podía pasar lo que finalmente y por desgracia ocurrió", recuerda Maeso.

Unas dos horas antes de que los terroristas se suicidaran y segaran la vida del geo Torronteras, la policía les llamó por el portero automático y les ordenó que desalojaran sus casas lo antes posible. En el caso de la familia Maeso tan sólo les dio tiempo para coger pañales y algunas cosas de su niña. Abajo les esperaban varios agentes con chalecos antibalas que les cubrieron con sus cuerpos y les condujeron a una zona segura. No pudieron hacer otra cosa que esperar acontecimientos. Lo que se les vino encima a partir de aquel día fue terrible.

## Casas convertidas en pilares

Los terroristas hicieron saltar por los aires el número 40 de la calle de Carmen Martín Gaité a las 21.05, en medio de cánticos religiosos. Esos que aún recuerdan los afectados por la explosión. El edificio quedó reducido a su esqueleto, y miles de fragmentos de los cuerpos de los radicales quedaron esparcidos por el patio del bloque de viviendas. Los cascotes llegaron a centenares de metros del lugar de la deflagración, mientras una enorme nube de humo muy negro coronó los bloques contiguos. La polvareda tardó bastante tiempo en desaparecer. Las sirenas de los bomberos y la policía ensordecieron a los centenares de personas que esperaban tras el cordón de seguridad.

Al día siguiente, los afectados pudieron acercarse a ver los restos de lo que antes habían sido sus casas. Todo lo que tenían horas antes había quedado hecho añicos, y la endeble estructura del inmueble les impedía subir a sus hogares. La bomba había sido de tal potencia que abrió un enorme boquete en la parte central



Nuevo edificio, aún sin terminar, de la calle de Carmen Martín Gaité, 40, de Leganés, donde se suicidaron siete terroristas islamistas.

GORKA LEJARCEGI

**Algunos vecinos tienen un miedo tan insuperable que no quieren volver a sus casas. Aún recuerdan los cánticos en árabe y los gritos a Alá de los terroristas**

**"¿Superado? Superado del todo, no. Lo intentas sobrellevar de la mejor manera posible, porque te vas marcando nuevas metas", señala un afectado**

del edificio. Mientras tanto, los investigadores seguían sacando restos de cadáveres de la piscina.

La policía y los bomberos les dejaron pasar días después a recoger los pocos efectos personales que aún quedaban desperdigados por las viviendas. Entrar resultaba muy peligroso porque la estructura no era capaz de soportar mucho peso y se podía caer en cualquier momento.

Los peritos decidieron que el edificio debía ser demolido. Los vecinos fueron repartidos en pisos de alquiler de la zona sur de la Comunidad de Madrid: Leganés, Getafe, Alcorcón y los barrios madrileños de Aluche y Carabanchel, entre otros. "Mi forma de ser no ha cambiado en sí. No tengo más miedo del que pudiera tener antes, pero reconozco que tengo otra sensación ante la vida, como de desconfianza", explica Maeso. También reconoce que la policía y los responsables del Ayuntamiento de Leganés, en es-

pecial el concejal de Obras, el socialista Mariano Maroto, se volcaron para solucionar todos los problemas que se les venían encima.

A sus 35 años, Maeso trabaja como administrativo de una empresa de servicios en Pozuelo de Alarcón. Tiene una hija de dos años y medio que es, junto con su esposa, la alegría de su vida. "¿Superado? Superado del todo, no, pero lo intentas sobrellevar de la mejor manera posible, porque te vas marcando nuevas metas", confiesa. "Los primeros momentos fueron muy duros, porque no sabes adónde vas a ir, ni qué vas a hacer. La primera noche no dormí nada. A algunos vecinos les tuvieron que dar calmantes porque la situación les superaba", añade.

El edificio está recuperando poco a poco su aspecto original. En un principio tenía que estar finalizado en septiembre, pero el transcurso de las obras permite pensar que estará listo a principios del verano. "Algunos veci-

nos tienen un miedo tan insuperable que no quieren volver a sus pisos. Intentan venderlos sin regresar porque les trae muy malos recuerdos. Aún sienten, como si los oyeran en directo, los cánticos en árabe y los gritos a Alá que estuvieron lanzando los terroristas toda la tarde", señala.

En los primeros meses, nunca consiguieron dormir bien. Prácticamente todos fueron tratados por psicólogos. Algunos continúan acudiendo a estas consultas. "Es muy duro y siempre te haces preguntas de por qué me ha pasado una cosa tan dura a mí. Los especialistas nos dicen que te vayas animando y que no te aferres a ideas negativas, pero es difícil cuando has visto perder tantas cosas y tantos recuerdos", reflexiona. "Y somos conscientes de que hay mucha gente que lo ha pasado mucho peor", concluye con una voz tenue y un gesto serio.

## No eran petardos, eran tiros

"SIN DUDA, ESTAS ÚLTIMAS han sido las navidades más tristes que recuerdo". Lo dice Alberto Maeso, pero el sentimiento es común a las 15 familias que sufrieron la barbarie de los terroristas en Leganés hace casi un año. En sus mentes permanece fijado el intenso tiroteo sufrido en el patio de sus viviendas. Cuando, en las primeras horas del Año Nuevo, cientos de personas se dedicaron a lanzar petardos y bengalas, los sentimientos para estas personas se tornaron en tristeza. A sus mentes regresaron los trágicos sucesos que habían padecido ocho

meses antes. "Las explosiones de los petardos nos recordaban los tiros y las ráfagas que oímos durante horas", explican. El 2005 entró en la mayoría de los casos con lágrimas en los ojos, y no precisamente de alegría. "Y pensar que al principio, al oír los disparos, creíamos que eran petardos..."

"Esas fechas tan señaladas estuvimos con las familias y con los amigos, pero fuera de nuestras casas. Nada fue igual", explica Maeso, quien reconoce que todos los días se le viene a la cabeza lo que sufrió la tarde de aquel sábado.

Las primeras horas las recuerda con total nitidez, mientras que los días siguientes, en los que ya fue presa del cansancio, se transforman poco a poco en una nebulosa, en una incertidumbre de imágenes que no logra ordenar. "Lo primero en lo que pensé fue en mi hija. No me importaba lo que me pasara a mí, porque yo ya he vivido unos años, mientras que ella tiene todo por hacer. Tuvimos mucha suerte y salimos adelante", reconoce.

El destino de estas 15 familias está marcado directamente por el terrorismo. El inmueble que saltó

por los aires estaba en el número 40 de la calle de Carmen Martín Gaité, en el barrio de Leganés Norte. Una de las calles perpendiculares era la de Irene Fernández, nombre puesto en honor de la primera guardia civil asesinada por la banda terrorista ETA, el 20 de agosto de 2000 en Sallent de Gállego (Huesca).

Ahora, los afectados esperan poder pasar página y retomar sus vidas. Muchos de ellos han tenido que cambiarlas. El 3 de abril está todavía muy cerca para los vecinos de Leganés.

El rumano Alin Stuparu, de 25 años, fue el último herido en abandonar el hospital Gregorio Marañón. Estuvo allí 142 días. Ha perdido la pierna izquierda y la piel de la derecha. No oye por un oído. Tiene operaciones pendientes. Su novia, Estefanía, es su gran apoyo en espera de la prótesis y de volver a andar

SUFRIMIENTO Y ESPERANZA DE UNO DE LOS HERIDOS MÁS GRAVES

## Las piernas de Alin

LUZ SÁNCHEZ-MELLADO

Desde el instante en que Alin Sorinel Stuparu vio su pierna izquierda en llamas supo que la iba a perder para siempre. Eran las 7.39 horas del jueves 11 de marzo de 2003 a bordo de un tren de dos pisos varado en la estación de El Pozo del Tío Raimundo, al este de Madrid. "Había subido en Torrejón. Encontré sitio sentado. Al llegar a El Pozo se abrieron las puertas, sentí un golpe y todo se apagó. Cuando abrí los ojos tenía encima a una chica muerta y la pierna ardiendo. El zapato estaba derretido, pegado a la carne. Un hombre se quitó la chaqueta y me apagó el fuego. Me sacó del tren. Una chica me pedía el teléfono y se lo di, pero no me entendía. Dos policías me llevaron al hospital en su coche. Los médicos me preguntaban qué me dolía, mi nombre. Pero nadie me entendía. Luego, todo se volvió negro y sólo quedaron las pesadillas". Alin habla despacio, traduciendo mentalmente del rumano al español. "También recuerdo el dolor", concluye. "Un ardor insoportable que me quemaba el alma".

En ese tren, con Alin, viajaban más de 1.500 personas. Sesenta y siete de ellas murieron en el acto. Las dos bombas de El Pozo fueron las más mortíferas del 11-M. Otras 80 personas fueron evacuadas, como él, por las emergencias. El policía que conducía debió de pisar a fondo. Stuparu fue de los primeros heridos (182) en llegar al hospital Gregorio Marañón. Pero fue el último en salir, el 31 de julio de 2003, 142 días después. De ellos, 31 en estado crítico, en la unidad de reanimación. El resto, en carne viva, en la habitación 3129.

### Es pronto para correr

En esos cuatro meses largos, Alin sufrió la amputación de su pierna izquierda a la altura de la rodilla y otras siete operaciones de implante de piel para cubrir las terribles quemaduras que le abrasaron los miembros inferiores. Sus pulmones superaron la contusión bilateral y el neumotórax que se le diagnosticó en urgencias. Pero la lesión inciso-contusa de su oído derecho aún seguía pendiente de evolución cuando le dieron el alta.

Hace sólo un mes, el 9 de febrero, Alin volvió al quirófano para que intentaran salvarle su tímpano. Le quedan al menos otras dos operaciones antes de soñar siquiera con ponerse la prótesis que le puede permitir volver a estar de pie. Todavía tiene parte del hueso

"Cuando abrí los ojos tenía encima a una chica muerta y la pierna ardiendo. El zapato estaba pegado a la carne. Un hombre me apagó el fuego con su chaqueta"

Fue uno de los primeros heridos en llegar al hospital Gregorio Marañón, pero fue el último en salir, 142 días después de los atentados

Alin sufrió la amputación de su pierna izquierda a la altura de la rodilla y se sometió a siete operaciones de implante de piel para curar sus quemaduras

Con el pasaporte de su novio abrazado al pecho, Steffi pasó 30 horas en la morgue de Ifema temiendo que la llamaran para identificar sus restos

Steffi: "Nadie le devolverá la pierna. ¿Para qué compadecernos?"

Alin: "Hay que mirar hacia delante. Le podía haber pasado a cualquiera"



Alin Stuparu se apoya en su novia, Estefanía Lacatus, tras levantarse de un salto de la silla de ruedas.

GORKA LEJARCEGI

expuesta, casi al aire. Pero su cirujano plástico, Enrique Pérez Luengo, confía en que se asiente el muñón y la herida se cierre. Entonces podrá andar. "Correr, incluso". Pero aún es pronto para eso.

De momento, Alin habla sentado en su silla de ruedas. Estefanía Lacatus está a su lado, en el apartamento que ocupan desde que él salió del hospital. Esteffi asiente al relato de Alin. Ella sí domina el español. Lo ha aprendido a golpes, "para entender a los médicos". El 11-M, a las ocho de la mañana, mientras su novio yacía abrasado en un coche de policía, ella salía de su casa en Torrejón de Ardoz hacia su trabajo de limpiadora. Alin tenía que estar llegando a Atocha. Luego traspasaría al metro hasta Gran Vía para empezar su jornada de albañil. Estefanía estaba contenta. Todo iba bien.

La aventura española de esta pareja rumana había comenzado 11 semanas antes. El 24 de diciembre de 2003, Nochebuena. Después de 72 horas y 2.954 kilómetros en autobús, Alin y Estefanía llegaban a Torrejón desde Craiova, una ciudad de 300.000 habi-

tantes al sur de Bucarest. Allí nacieron y allí se enamoraron. Ambos habían estudiado dos años de carrera. Ella, para maestra. Él, para economista. Pero era demasiado caro. Como muchos de sus paisanos, querían prosperar. La fortuna estaba fuera. Llevaban tres años de relación y dos meses de convivencia cuando se subieron a ese bus sin billete de vuelta.

En Torrejón de Ardoz, donde viven 6.000 rumanos, todo vino rodado. Ocuparon un cuarto en un piso compartido con 10 compatriotas. Pagaban 175 euros y se sentían en familia. El matrimonio de Illie e Illina, sus hijos y nietos —sus compañeros de piso— hacían de padres, hermanos y sobrinos. Hablaban su idioma, comían *salmale* los domingos, pero no hubo tiempo para la nostalgia. El 7 de enero, Alin empezó a trabajar. Sin más papel que el abono de transporte. Sin hablar español, en la obra no se charla. Estefanía se colocó en febrero, limpiando, a seis euros la hora.

Pero Alin no estaba en el tren, ni en el metro ni en la obra. Estaba en el quirófano 15 bis de la segun-

da planta del Gregorio Marañón. A esa hora, Rosa Pérez Cano, jefa del servicio de cirugía plástica, y sus cinco cirujanos no daban abasto. "Llegaban pacientes con quemaduras profundísimas. Teníamos que abrir y cubrir para salvar miembros de una amputación segura. Había fracturas abiertas que necesitaban rellenarse con músculo. Caras quemadas. Kilos de metralla que extirpar. Ese día y los siguientes operamos a destajo. La cirugía plástica nació con la I Guerra Mundial, y esos días recuperamos la esencia de la profesión", evoca la doctora. Con Alin, sin embargo, no hubo alternativa. Después de tres semanas en la *rea* (reanimación), los médicos claudicaron. Había que amputarle la pierna izquierda. Se había necrosado hasta el hueso. Era el 30 de marzo de 2003.

Para entonces, Estefanía ya se defendía en español. Con el pasaporte de Alin abrazado al pecho, pasó 30 horas en la morgue de Ifema temiendo que la llamaran para identificar lo que quedara de él. Alin no aparecía ni vivo ni muerto. Tuvo que esperar a que la

fotografía de ese pasaporte apareciera en la contraportada de este periódico el día 12 para que una enfermera del Marañón creyera reconocer a ese mocetón moreno en la cara hinchada de un paciente que yacía sin identificar en la *rea*.

Efectivamente, nadie había entendido la dolorida voz de Alin en urgencias. Incluso, en ese día agónico, le había salido una familia falsa. Los desesperados padres de Andryan Asenov, un inmigrante búlgaro de 22 años desaparecido en el atentado, habían visto a su hijo en ese herido, y como tal lo veían. Tuvo que ser la policía judicial la que, tras cotejar las huellas del paciente anónimo con el pasaporte de Alin, les bajara del sueño a la pesadilla. El cadáver de Andryan fue identificado después por su madre en el Campo de las Naciones. Su novia, Kalina, también murió en el atentado. Iban a casarse en primavera.

Los novios búlgaros fueron enterrados en Torrejón, no lejos de la casa de Alin. Del aeropuerto de esa ciudad despegó esos días un avión militar An-26 fletado por el Gobierno rumano. A bordo, 10 féretros con otros tantos compatriotas de Estefanía y Alin fallecidos en los trenes. La lista se cerró con otros seis nombres. Rumania, con 16, fue el país extranjero con más muertos el 11-M.

Cuando reconoció a su hombre en una sala atestada de moribundos —“se murieron varios de sus vecinos en los primeros días”—, Estefanía se *mudó* al hospital. “Vivía allí”, recuerda Menchu Bernal, la trabajadora social del Ministerio del Interior que se ocupa de su caso desde entonces. “Solo podía entrar a verle 10 minutos mañana y tarde, pero no se despegaba por sí había noticias. Tenía un choque emocional, una profunda tristeza y una situación absolutamente precaria. Estaba sin casa, sin dinero, sin papeles. Pero todo eso tuvimos que averiguarlo y facilitárselo de oficio. Ella jamás, ni entonces ni ahora, ha pedido nada”.

#### Ardiendo en pesadillas

Estefanía trasladó su maleta desde Torrejón a los hoteles que le fueron asignando —“un NH, otro en Delicias”— y en los que nunca pasó una noche entera. “Iba a ducharme, pero dormía en el hospital”, recuerda. “Quizá me daba miedo de que él se fuera durante la noche”, admite ahora. Mientras tanto, Alin ardía en pesadillas.

“Creía que estaba en el hospital número 1 de Craiova porque unos gitanos habían incendiado el barrio. Veía a las enfermeras, pero con la cara de mis amigos. Yo les preguntaba por mis padres y me decían que me tranquilizara, que estaba en Madrid, que todo había sido un atentado terrorista. Pero yo veía mi casa ardiendo, me quemaba vivo”, rememora.

No le faltaba razón. Alin tuvo fiebre hasta que le cortaron la pierna. Sin ella, su estado mejoró. El 8 de abril le quitaron el tubo que le permitía respirar. El 12 le trasladaron a planta. “Fue como volver a nacer. Lo primero que hice fue pedir una *coca-cola*, me moría de sed”. Se la negaron, claro. “Había que ir poco a poco. Paco, el psicólogo, me aconsejó que no le dijera lo de su pierna, que era mejor ir preparándolo”, dice Estefanía. Sobraban las precauciones. “Alin se quejaba mucho de las piernas. Le pregunté que cuál le dolía más, y me dijo que la izquierda se la habían cortado. Me quedé de piedra”.

“Desde que vi cómo ardía en el tren supe que no podrían salvarla, aunque yo la sentía. Aún me pica y me dan ganas de cruzarla. Así, mira”, explica Alin mientras hace una pirueta y monta el muñón iz-



Alin, en silla de ruedas, en el piso de Cáritas en el que ahora vive con su novia, Estefanía.

GORKA LEJARCEGI

## “Gracias a todos, primero a Dios”

ALIN Y ESTEFANÍA han accedido a contar su historia con una sola condición: poder agradecer la ayuda que han recibido. Alin empieza por arriba. “Primero, quiero dar gracias a Dios por seguir vivo”. Ambos son cristianos ortodoxos, la religión mayoritaria en Rumania, y solían ir a la iglesia en Craiova, su ciudad natal.

Alin sigue un orden cronológico. “Estoy agradecido en el alma al señor que me apagó el fuego de la pierna y me sacó del tren. Solo sé que era joven, más o menos de mi edad, y que llevaba un bolso en bandolera. Una chica le ayudó a bajarme al andén. Me encantaría poderles dar las gracias personalmente”. No se olvida tampoco de los dos policías que le metieron en su coche y lo llevaron al hospital. En el Gregorio Marañón, “Enrique” [Pérez Luengo, cirujano plástico] es el nombre que resume el agradecimiento de la pareja a “todo el servicio de reanimación y la planta tercera del hospital: fueron nuestra familia durante cuatro meses”. Estefanía añade al psicólogo del hospital, Francisco Duque, y a la trabajadora social de Interior, Menchu Bernal, que aún les visita para “facilitarles la vida” y ofrecerles “lo que necesiten”, aunque no pidan nada.

De sus horas de agonía sin noticias de Alin en el

tanatorio de Ifema, Estefi rescata a “Marga”, una voluntaria, y “al padre Ignacio”, dos “ángeles” que le aliviaron aquel calvario y que les siguen visitando a menudo. “Nunca me había pasado algo tan terrible en mi vida. Estaba sola, aterrada, y no entendía nada. La reacción generosa de esas personas me marcó. Nadie podía dejar a Alin como estaba, ni borrar mi sufrimiento, pero todos ellos nos han hecho este tiempo más dulce. Más llevadero. Nunca les voy a olvidar”. Alin tampoco olvida otra visita providencial: Irene Villa. La joven mutilada en un atentado de ETA fue a verle al hospital: “Me enseñó que se puede andar sin piernas”.

Pérez Luengo, el cirujano y médico de cabecera de Alin en el hospital, recoge emocionado la gratitud de la pareja, pero prefiere no hacer comentarios. “El 11-M ha sido un reto profesional y personal formidable, y aún estoy dándome el alta a mí mismo”. Su jefa, la doctora Rosa Pérez Cano, responsable del servicio de cirugía plástica y reparadora, resume los sentimientos de muchos de sus colegas: “La implicación personal con los heridos del atentado ha sido muy intensa. Los hemos visto muertos. Los hemos operado en coma, sin saber si iban a salir. Verlos vivos es nuestra recompensa”.

quiero sobre la rodilla derecha en la silla de ruedas. Estefanía y él estallan en carcajadas.

No hay drama en este luminoso e impoluto apartamento. Ya han llorado bastante. “¿Para qué compadecemos? Nadie le va a devolver la pierna a Alin”, dice ella. “Hay que mirar adelante, le podía pasar a cualquiera”, zanja él. En el bloque donde se aloja la pareja, propiedad de Cáritas, viven otras dos familias rumanas afectadas por el atentado. Por un bucle del destino, el inmueble está situado junto a las vías de Atocha, frente al sitio exacto donde estalló el tren de la calle de Téllez. Alin no se queja. El alquiler, simbólico, sale de la indemnización parcial que les ha abonado Interior como víctimas del 11-M. De eso viven. “Estamos bien, no pedimos nada”, afirman.

“La indemnización no se puede fijar hasta que Alin tenga el alta definitiva, porque depende de los días que haya pasado de baja, y de las secuelas que queden”, explica Bernal. Lo que sí ha concluido es el proceso de regularización prometido por el Gobierno de Aznar a los inmigrantes afectados. Alin es ciu-

dadano español. Estefanía tiene permiso de residencia. Ahora que puede, ni se plantea trabajar: “De momento soy la pierna de Alin”.

Estefi y Alin se toman el pelo. “Estamos más gordos que el año pasado, ¿verdad?”, pregunta ella a la periodista. “La culpa es tuya, por cocinar tan bien”, le espeta su novio. La doctora Pérez Cano, sin embargo, ya les ha echado la bronca por esos kilos. Sobre todo a él. “El sobrepeso le viene fatal para sus piernas”, dice la cirujana.

La visión de Pérez entrando en la habitación era lo peor del día para Alin en el hospital. El doctor Pérez Luengo era su médico personal. Pero la doctora le realizaba algunas curas. “Un infierno”, recuerda él. Las huellas de ese dolor aún se ven. Las piernas de Alin son un mapa con ríos y provincias. Las provincias son los trozos de piel que cubren su epidermis abrasada. Los ríos, la sutura que los une.

El caso de Alin, uno de los heridos más graves del 11-M, puso a prueba no sólo a los médicos del Marañón. El equipo del doctor Álvaro Meana, del hospital Central de Oviedo, tiene parte de *culpa* de

Él es ya español. Ella tiene permiso de residencia, y ahora que puede trabajar, ni se plantea hacerlo. “De momento”, asegura, “soy la pierna de Alin”

“No llevo la pancarta de ‘soy un herido del 11-M’. Quiero vivir la vida, que es muy corta y muy cara. Te vas a trabajar y no sabes si volverás”

que Alin conserve pierna y media. Fue en sus laboratorios donde, a partir de un trozo de dos centímetros extraído del abdomen del rumano, se cultivó la piel necesaria para arropar sus quemaduras. El propio Meana estuvo en una de las siete intervenciones —“una cada dos o tres semanas”, recuerda Estefanía— que llevó el proceso.

A mediados de julio de 2004, operaciones, curas, veintitantas pastillas diarias y tres meses sin moverse de la cama tenían a Alin exhausto. Física y psicológicamente. Necesitaba aire. Un día, Estefanía le sacó cinco minutos al jardín. Lo pagó caro. Un formidable dolor en el oído, aún muy sensible, fue su peaje por la escapada. “Pero valió la pena. Vi que la vida seguía, que había luz fuera. Empecé a estar mejor. Quería irme”.

Francisco Duque es Paco, el psicólogo de Alin y Estefanía. El día 12 de marzo, este profesional del Marañón elaboró un plan para atender a los heridos más graves y a sus familiares. Para ello organizó un grupo de 40 voluntarios. “Se trataba de considerar a los familiares como víctimas. De atenderles a ellos y de utilizarlos como elemento asistencial con los afectados. El caso de Estefanía ilustra esa utilidad. La colaboración de esta auténtica señora, aunque sólo tenga 26 años, ha sido vital en la recuperación de Alin. Pero para que eso funcione, hay que cuidar a los cuidadores”, sostiene.

La *señora* vuelve a reír. Quizá para contagiar a Alin, que se “aburre” en su silla. El frío madrileño —“esto no es nada, en Craiova están a 30 bajo cero”— les impide pasear por el barrio, donde no tienen que dar explicaciones. “No llevo una pancarta de ‘soy un herido del 11-M’. Quiero vivir la vida, que es muy corta y muy cara. Te vas a trabajar y no sabes si volverás. Quiero conocer Madrid. No me dieron tiempo, pero tengo toda la vida para recuperarlo”, dice Alin.

—¿Piensan quedarse aquí?

Alin: “Los planes no sirven de nada, vivimos al día.”

—Hace un año querían casarse. ¿Para cuándo la boda?

Estefanía: “Pronto, en cuanto Alin pueda bailar”.

